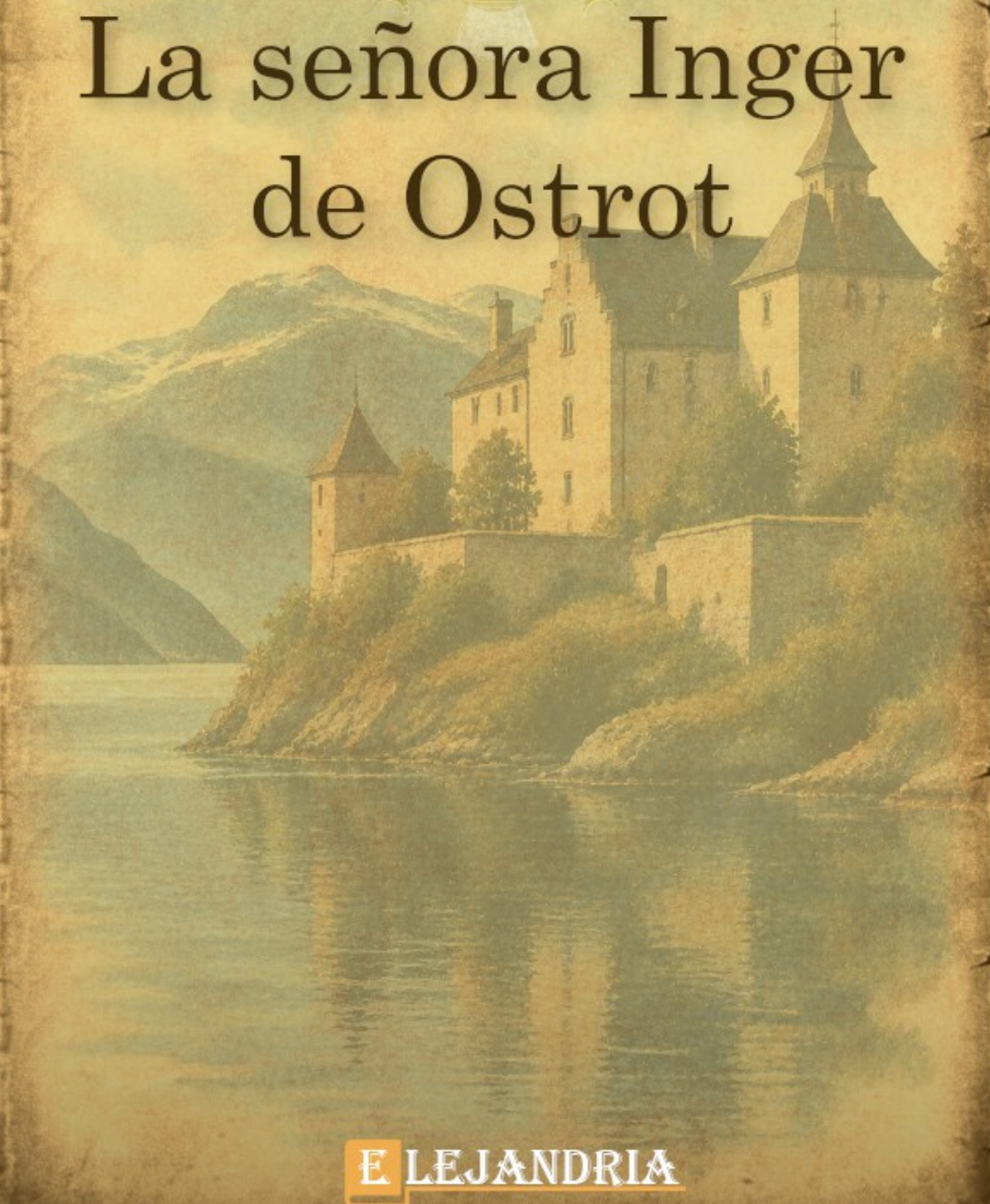


Henrik Ibsen

La señora Inger
de Ostrot



E LEJANDRIA

**LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!**

LA SEÑORA INGER DE OSTROT

HENRIK IBSEN

PUBLICADO: 1857

FUENTE: [HTTPS://ARCHIVE.ORG](https://archive.org)

TRADUCCIÓN: JOSÉ RAMÓN PÉREZ BANCES

**EDICIÓN ORIGINAL: DRAMAS DE ENRIQUE IBSEN, T. I
(MADRID, PERLADO, PÁEZ Y C.^a, 1914)**

PERSONAJES

- LA SEÑORA INGER OTTISDATTER RÖMER, viuda del maestra-la imperial Nils Gyldenlöve.
- ELINA GYLDENLÖVE, hija suya.
- NILS LYKKE, caballero danés.
- OLAF SKAKTVAL, noble noruego proscrito.
- NILS STENSON.
- JENS BJELKE, coronel sueco.
- BJORN, ayuda de cámara.
- FINN, criado.
- EJNAR HUK, mayordomo del castillo.
- Criados, campesinos, soldados suecos.

La acción en el castillo de Ostrot, en Drontheimfjord, en 1528.

Derecha e izquierda, del actor.

ACTO PRIMERO

Una estancia en Ostrot. Por la puerta del fondo que está abierta se ve la sala de armas iluminada débilmente por los rayos de luna que de cuando en cuando caen de una ventana estrecha que hay en el muro opuesto. A la derecha, la puerta de salida; delante de ella una ventana con cortinas. A la izquierda, una puerta que conduce a las habitaciones interiores. Al fondo, un gran hogar encendido que alumbra la habitación. Es una noche tempestuosa. Bjorn y Finn están sentados en el hogar; este último limpia un yelmo; al lado de ellos hay varias armas, una espada y un escudo.

FINN.—(Después de una pausa.) ¿Quién fue Knut Alfson?

BJORN.—La señora dice que ha sido el último caballero noruego.

FINN.—¿Y los daneses lo vencieron en Oslo-Fiord?

BJORN.—Pregúntaselo a un niño de cinco años, si no lo sabes.

FINN.—¿De modo que Knut Alfson fue nuestro último caballero? ¡Y ahora ha muerto y ya no existe! (*Levantando el yelmo.*) Entonces tienes que conformarte con colgar limpio y reluciente en la sala de armas. Ya no eres más que una cáscara de nuez vacía. El grano..., el grano se lo han comido ya hace tiempo los gusanos. Oye, Bjorn..., ¿no se podría decir que Noruega es una cáscara de nuez como este yelmo, reluciente por fuera, comida de los gusanos por dentro?

BJORN.—¡Cállate y haz tu trabajo! ¿Has terminado con el yelmo?

FINN.—Reluce como plata a la luz de la luna.

BJORN.—Entonces llévate. Mira aquí; quítale el óxido a esta espada.

FINN.—(*La coge y la da vueltas por todas partes.*) ¿Pero valdrá la pena de hacerlo?

BJORN.—¿Qué quieres decir?

FINN.—No tiene corte alguno.

BJORN.—No te preocupes de ello. Dámela a mí... Aquí tienes el escudo.

FINN.—Si le falta la abrazadera...

BJORN.—(*Entre dientes.*) ¡Ah! Quisiera poder cogerte como...

FINN.—(*Murmura algunas palabras ininteligibles.*)

BJORN.—¿Qué es lo que te pasa?

FINN.—Un yelmo vacío, una espada sin corte, un escudo sin abrazadera...; en esto consiste toda la grandeza. Yo creo que nadie podrá censurar a la señora Inger por dejar que tales armas cuelguen limpias y brillantes en la sala de armas, en vez de bañarse en sangre danesa.

BJORN.—¿A qué esas charlatanerías? Me parece que vivimos en paz.

FINN.—¿Paz? Sí; cuando el labrador ha gastado su última flecha y el lobo le ha comido la última oveja, entonces hacen las paces. ¡Pero qué amistad más admirable entre los dos! Bien; que las cosas vayan como quieran. Como he dicho, está perfectamente que las armas cuelguen tranquilas en la sala, pues ya conoces la antigua máxima: «Solo el caballero es un hombre...» Y puesto que no hay ya más caballero aquí en Noruega, no hay tampoco más hombres, y donde no hay hombres tienen que mandar las mujeres. Por eso...

BJORN.—Por eso..., por eso te mando que dejes toda esa charla sin sustancia. (*Se levanta.*) Va a ser pronto de noche. Vuelve a colgar en la sala el yelmo y el escudo.

FINN.—(*En voz baja.*) No; prefiero dejarlo para mañana.

BJORN.—¿Pero qué es eso? ¿Sigues siendo miedoso?

FINN.—Por el día no. Pero si tuviera que ir de noche preferiría ir con compañía. Sí, tú me miras asombrado; pero debes saber que allá en la coci-

na se cuentan muchas cosas. (*Bajando la voz.*) Hay algunos que dicen que todas las noches pasea por la sala un fantasma grande vestido de negro.

BJORN.— ¡Habladurías de viejas!

FINN.— Pues ellos juran que es verdad.

BJORN.— Eso sí lo creo.

FINN.— Y lo más extraño es que la señora cree también lo mismo.

BJORN.— (*Sorprendido.*) ¡La señora! ¿Qué es lo que cree?

FINN.— ¿Lo que la señora Inger cree? ¡Ah!, eso no lo sabe mucha gente. Pero lo que es cierto es que no tiene sosiego ninguno. ¿No ves que de día en día se pone más delgada y más pálida? (*Con mirada inquisitiva.*) La gente dice que no duerme nunca y que eso es por causa del espectro...

(*Durante las últimas palabras, Elina Gyldenlöve aparece en la puerta de la izquierda, que está entreabierta; sin que los otros se aperciban se para y escucha.*)

BJORN.— ¿Y tú crees semejantes tonterías?

FINN.— A medias. Por lo demás, hay gente que explica de otro modo las cosas. Pero esto no es más que malignidad. Oye, Bjorn, ¿conoces la canción que circula por todo el país?

BJORN.— ¿Una canción?

FINN.— Sí; anda en lenguas del pueblo. Es una canción indigna. Por lo demás, está muy bien. Escucha. (*Canta a media voz.*)

La señora Inger de Ostrot
viste de terciopelo
con perlas en el cabello;
tiene triste el corazón.
La señora Inger vendiose al danés;
todos sus criados vendiolos también,
y en pago...

(*Bjorn, indignado, le sujeta por el pecho. Elina se retira sin ser notada.*)

BJORN.— Y yo te envío sin salario al demonio, si dices otra sola palabra ofensiva para la señora.

FINN.—(*Soltándose.*) Pero, pero..., ¿he sido yo el que inventó la canción?

(*Afuera suena un cuerno.*)

BJORN.—¡Escucha! ¿Qué es eso?

FINN.—Un cuerno. Parece que tendremos huéspedes esta noche.

BJORN.—(*En la ventana de la derecha.*) Se abre la puerta. Suenan golpes de herraduras en el patio. Debe de ser un caballero.

FINN.—¿Un caballero? Eso me parece difícil.

BJORN.—¿Por qué no?

FINN.—Tú mismo lo has dicho: el último de nuestros caballeros ha muerto. (*Se va por la derecha.*)

BJORN.—¡Maldito canalla!... En todas partes tiene los ojos. Para esto ha servido todo mi trabajo para ocultar y esconder las cosas. Anda ya en lenguas de la gente; no pasará mucho tiempo sin que todo el mundo grite que...

(*Elina vuelve a entrar por la puerta de la izquierda; mira alrededor y pregunta con ademán misterioso*): ¿Estás solo, Bjorn?

BJORN.—¿Lo estáis vos, señorita Elina?

ELINA.—Oye, cuéntame uno de tus cuentos. Sé que sabes más que los que...

BJORN.—¿Que cuento?... ¿Pero ahora, tan tarde?...

ELINA.—Si cuentas desde que oscurece aquí en Ostrot, sí que es en verdad tarde.

BJORN.—¿Qué os pasa? ¿Os ha ocurrido algo desagradable? Parecéis tan intranquila...

ELINA.—Puede ser.

BJORN.—Algo ha tenido que ocurrirnos. En este último medio año no sois la misma que erais.

ELINA.—Piensa que desde hace medio año duerme en la tumba Lucía, mi adorada hermana.

BJORN.—No es eso, no. No es eso solo lo que hace que andéis ora pálida y meditabunda, ora desesperada y furiosa como esta noche.

ELINA.—¿Lo crees así? ¿Y por qué no? ¿No era Lucía dulce y piadosa y bella como una noche de verano? Bjorn..., yo amaba a Lucía como a mi propia vida. ¿Te acuerdas de cuántas veces en las noches de invierno, cuando éramos niñas, nos sentábamos en tus rodillas? Nos cantabas canciones y nos contabas...

BJORN.—Sí; entonces estabais fresca y alegre.

ELINA.—¡Ah, entonces! Entonces vivía una hermosa vida con los cuentos y con mis propias fantasías. ¿Es posible que fuera entonces la playa tan fría como ahora? Yo al menos no lo notaba. Allí era donde yo me refugiaba con más gusto y donde soñaba las más hermosas fantasías. Mis héroes venían de muy lejos y tornaban luego a marcharse por el mar. Yo vivía con ellos, y al marcharse los acompañaba. (*Se deja caer sobre una silla.*) Y ahora me siento tan débil y tan cansada... Ya no puedo vivir de mis cuentos...; no son más que cuentos. (*Se levanta con un impulso repentino.*) Bjorn, ¿sabes qué es lo que me ha puesto así? Una verdad. Una verdad muy mala, muy mala, que día y noche pesa sobre mí.

BJORN.—¿Qué queréis decir?

ELINA.—¿Te acuerdas de que a veces nos dabas consejos y reglas de vida? Lucía los seguía, pero yo... ¡Dios me haga mejor!

BJORN.—(*Consolándola.*) ¡No, no!

ELINA.—¡Si lo sé! ¡Era orgullosa, altanera! Cuando jugábamos juntas yo quería siempre hacer de reina porque me tenía por la más grande, la más hermosa, la más inteligente. ¡Si lo sé muy bien!

BJORN.—Eso es verdad.

ELINA.—Una vez me cogiste de la mano, me miraste muy serio y me dijiste: «No te enorgullezcas de tu hermosura ni de tu inteligencia, ¡pero sé orgullosa como el águila en la cima de las montañas cuando pienses que eres la hija de Inger Gyldenlöve!»

BJORN.—Y teníais razones para estar orgullosa de ello.

ELINA.—Sí; de eso me contabas muy a menudo, Bjorn. ¡Oh, me contaste tantos cuentos en aquel tiempo! (*Estrechándole la mano.*) ¡Gracias por todos! Y cuéntame ahora uno; acaso pueda volver a estar alegre como antes.

BJORN.—Ahora ya no sois una niña.

ELINA.—Cierto que no. Pero déjame figurarme que todavía lo soy... ¡Anda, cuenta! (*Se arroja sobre una silla.*)

BJORN.—(*Sentándose a la vera del hogar.*) Había una vez un alto caballero de quien se contaba la extraña leyenda...

ELINA.—(*Que ha estado escuchando hacia la sala, desasosegada le coge por un brazo y dice con energía, pero susurrando*): ¡Silencio! No grites así. No soy sorda.

BJORN.—(*Más bajo.*) Había una vez un alto caballero de quien se contaba la extraña leyenda... (*Elina se incorpora y escucha con toda su alma hacia la sala.*) Señorita Elina, ¿qué os sucede?

ELINA.—(*Tornando a sentarse.*) ¿A mí? Nada. Sigue adelante.

BJORN.—Pues se decía que todas las mujeres a quienes miraba fijamente a los ojos no podían olvidarlo jamás, sino que le seguían en pensamiento a todas partes y acababan por morir de tristeza.

ELINA.—Eso ya lo he oído. Además, no es un cuento lo que cuentas, pues el caballero que tú dices es Nils Lykke, que todavía hoy se sienta en el Consejo del Imperio.

BJORN.—Puede ser.

ELINA.—Bien, es igual. Sigue.

BJORN.—Y una vez ocurrió...

ELINA.—(*Poniéndose en pie.*) ¡Escucha! ¡Silencio!

BJORN.—¿Qué es eso? ¿Qué tenéis?

ELINA.—(*Escuchando.*) ¿No oyes?

BJORN.—¿Qué?

ELINA.—¡Allí está! ¡Junto a la cruz de Cristo! ¡Allí está!

BJORN.—(*Levantándose.*) ¿Qué es lo que está allí? ¿Dónde?

ELINA.—Ella misma... En la sala de armas... (*Corre hacia el fondo.*)

BJORN.—(*Yendo detrás de ella.*) ¡Cómo podréis creer...! ¡Señorita Elina, idos a vuestra habitación!

ELINA.—¡Silencio! ¡Estate quieto! ¡No te muevas! ¡Que no te vea! Espera... Ahora sale la luna... ¿Puedes ver la figura negra...?

BJORN.—¡Por todos los santos!

ELINA.—¿Ves? Vuelve el retrato de Knut Alfson hacia la pared. ¡Ah, ah!, sin duda la mira demasiado fijo a los ojos.

BJORN.—¡Oídmeme, señorita Elina!

ELINA.—(*Yendo hacia el hogar.*) ¡Ahora sé lo que sé!

BJORN.—(*Para sí.*) ¡De modo que es verdad!

ELINA.—¿Quién era, Bjorn; quién era?

BJORN.—Vos lo habéis visto del mismo modo que yo.

ELINA.—¿Entonces a quién vi yo?

BJORN.—Visteis a vuestra madre.

ELINA.—(*Para sí.*) Noche por noche he escuchado sus pasos. La he oído suspirar y murmurar como un alma desasosegada. Ya la canción dice... ¡Ah, ahora lo sé yo! Ahora sé que...

BJORN.—¡Silencio!

(*La señora Inger entra por el fondo. Entra apresuradamente, sin ver a los otros; va a la ventana de la derecha, separa la cortina y mira un rato hacia afuera, como si aguardase a alguien. Luego se aparta de la ventana y vuelve lentamente a la sala.*)

ELINA.—(*La ha seguido con los ojos y dice en voz baja*): ¡Vacilante y pálida como una muerta!...

(*Hacia la derecha, afuera, se oye ruido y voces.*)

BJORN.—¿Qué es eso?

ELINA.—Sal y mira a ver lo que pasa.

(Ejnar Huk aparece en la antecámara con una muchedumbre de criados y campesinos.)

HUK.—*(Desde la puerta.)* ¡A ella directamente! Y luego sin vacilar.

BJORN.—¿A quién buscáis?

HUK.—A la señora misma.

BJORN.—¡A la señora! ¿Tan tarde?

HUK.—Tarde, y sin embargo bastante temprano me parece.

CAMPESINOS.—¡Sí, ahora tendrá que oírnos!

(La muchedumbre penetra en la habitación. En el mismo momento la señora Inger se muestra en la puerta de la sala de armas. Todos callan de pronto.)

LA SEÑORA INGER.—¿Qué queréis de mí?

HUK.—Os buscamos, noble señora, para...

LA SEÑORA INGER.—Bien; entonces hablad.

HUK.—Es una buena causa. En pocas palabras... Venimos a pedir os permiso y armas.

LA SEÑORA INGER.—¿Permiso y armas? ¿Para qué?

HUK.—Ha llegado un rumor de Suecia que dice que el pueblo en Dalakarlia se ha sublevado y marcha contra el rey Gustavo.

LA SEÑORA INGER.—¿Eso hace el pueblo en Dalakarlia?

HUK.—Eso se dice y parece que es seguro.

LA SEÑORA INGER.—Y aunque así fuese, ¿qué tenéis que ver vosotros con la sublevación de Dalakarlia?

CAMPESINOS.—¡Queremos pelear también! ¡Queremos librarnos a nosotros mismos!

LA SEÑORA INGER.—*(Para sí.)* ¡Ah, si hubiese llegado el momento!

HUK.—Los campesinos de todos los pueblos de la frontera noruega marchan hacia Dalakarlia. Hasta los proscritos que llevan años viviendo perse-

guidos en las montañas se atreven ahora a bajar a poblado, reclutan gente y afilan el corte de sus armas oxidadas.

LA SEÑORA INGER.—(*Tras una pausa.*) Escuchadme. ¿Habéis pensado lo que vais hacer? ¿Habéis pensado en lo que os costaría si las gentes del rey Gustavo llegasen a vencer?

BJORN.—(*En voz baja y suplicante, a la señora Inger.*) Pensad en lo que les costaría a los daneses si las gentes del rey Gustavo fuesen vencidas.

LA SEÑORA INGER.—Eso no es cosa mía. (*Volviéndose a la muchedumbre.*) Sabed que el rey Gustavo puede contar seguramente con el apoyo de Dinamarca. El rey Federico es su amigo y no ha de dejarle solo...

HUK.—¿Pero y si los campesinos se levantan en toda la tierra noruega? ¿Si nos levantamos todos a una..., los señores y el pueblo? Sí, señora; ahora casi creo que ha llegado la ocasión que nosotros aguardábamos. Si ahora estalla tendrán que salir del país los extranjeros.

CAMPESINOS.—Sí. ¡Fuera los gobernadores daneses! ¡Fuera los señores extranjeros! ¡Fuera la Dieta imperial!

LA SEÑORA INGER.—(*Para sí.*) ¡Oh, hay fuerza en ellos y sin embargo...!

BJORN.—(*Para sí.*) Está indecisa. (*A Elina.*) Señorita Elina, os habéis equivocado en el juicio de vuestra madre.

ELINA.—Bjorn, me arrancaría los ojos si me hubiese engañado.

HUK.—Ved, noble señora. Primero hay que luchar con el rey Gustavo. Una vez que haya perdido la fuerza no se sostendrán por mucho tiempo en Noruega los daneses.

LA SEÑORA INGER.—¿Y entonces?

HUK.—Entonces seremos libres. No tendremos más dominadores extranjeros y podremos elegirnos por nosotros mismos un rey, lo mismo que lo han hecho los suecos antes que nosotros.

LA SEÑORA INGER.—(*Con fuego.*) ¿Un rey elegido por nosotros mismos? ¿Piensas acaso en la casta de los Sture?

HUK.—El rey Cristián y otros después de él han hecho una buena limpia en los mayorazgos. La mayoría de nuestros nobles, si es que aún viven, yerran proscritos por las montañas; pero a pesar de todo bien podría encontrarse uno de las antiguas familias que...

LA SEÑORA INGER.—(*Interrumpiéndole con vehemencia.*) ¡Basta, Ejnar Huk! ¡Basta! (*Para sí.*) ¡Oh, mi más cara esperanza! (*Dirigiéndose a los campesinos y criados.*) Os he advertido todo lo que podía. Os he dicho a qué grandes peligros os exponíais. Mas si a pesar de eso persistís en vuestro propósito, sería una locura de mi parte querer prohibiros lo que podéis hacer muy bien sin mi permiso.

HUK.—¿De modo que tenemos vuestro consentimiento para...?

LA SEÑORA INGER.—Tenéis vuestra propia firme voluntad; consultad con ella. Si es verdad, como decís, que cada día se os tiraniza y se os molesta más... Yo de esas cosas sé tan poco... Y no quiero saber más. ¿Qué puedo hacer yo, una pobre mujer sola?... Aunque quisierais saquear la sala de armas... y allí hay unas pocas...; esta noche vosotros disponéis sobre Ostrot. Podéis hacer cuanto se os antoje. ¡Buenas noches! (*Quiere irse. La muchedumbre prorrumpe en vivas atronadores. Se encienden luces. Los criados sacan gran número de armas de la sala.*)

BJORN.—(*Coge a la señora Inger cuando esta hace ademán de irse.*) ¡Gracias, noble señora! Yo, que os conozco desde la infancia, no he dudado nunca de vos.

LA SEÑORA INGER.—¡Silencio, Bjorn! Lo que esta noche he osado es un juego peligroso. Los demás solo comprometen la vida. Pero yo..., comprometo mil veces más; créeme.

BJORN.—¿Cómo? ¿Teméis por vuestro poder y vuestras buenas relaciones con...?

LA SEÑORA INGER.—¡Mi poder! ¡Oh, Dios mío!

UN CRIADO.—(*Viene de la sala con una gran espada.*) ¡Esta sí que es una buena arma! ¡Con ella haré correr a los criados de las sanguijuelas!

HUK.—(*A otro criado.*) ¿Qué es eso que llevas?

OTRO CRIADO.—Un coselete al que llaman Herlof Hyttfads.

HUK.—Es demasiado para ti. Mira, aquí tengo el mango de la lanza de Sten Sture. Si colgamos de él...

FINN.—(*Entra por la puerta de la derecha con una carta en la mano y se dirige a la señora Inger.*) Os he buscado por todas las habitaciones.

LA SEÑORA INGER.—¿Qué pasa?

FINN.—(*Dándole la carta.*) Un muchacho de Drontheim ha traído esta carta para usted.

LA SEÑORA INGER.—A ver. (*Mientras abre la carta.*) ¿De Drontheim? ¿Qué puede ser? (*Recorre la carta.*) ¡Cristo bendito! ¡De él, y aquí!... (*Sigue leyendo. Las gentes siguen sacando armas de la sala. La señora Inger, para sí.*) Y viene aquí. Viene esta noche. ¡Oh, entonces hay que luchar con la astucia y no con la espada!

HUK.—Basta; basta ya, amigos; estamos ya bastante pertrechados. Podemos ponernos en camino.

LA SEÑORA INGER.—(*Cambiando de pronto de tono.*) ¡Nadie saldrá de casa esta noche!

HUK.—Pero, noble señora, ahora tenemos viento favorable. Navegamos por el *fjord* y...

LA SEÑORA INGER.—Lo que he dicho queda dicho.

HUK.—¿Entonces tendremos que esperar hasta mañana?

LA SEÑORA INGER.—Hasta mañana o hasta cuando sea. Por ahora que ningún hombre armado salga de Ostrot.

(*Señales de descontento en la muchedumbre.*)

ALGUNOS CAMPESINOS.—¡A pesar de eso vamos, señora Inger!

OTROS MUCHOS.—¡Sí, sí; vamos a pesar de todo!

LA SEÑORA INGER.—(*Adelantando un paso hacia ellos.*) ¿Quién se atreve? (*Callan todos. Tras una pausa corta.*) Yo he pensado por vosotros. ¿Qué sabéis vosotros, pobre gente del pueblo, de lo que conviene al país? ¿Cómo podéis atreveros a opinar sobre cosas semejantes? Tenéis que procurar soportar por algún tiempo todavía la tiranía y los abusos. Eso no puede

seros muy duro si pensáis que tampoco nosotros, las mejores familias, corremos mejor suerte. Más tarde sabréis cuál es mi voluntad. ¡Salid ahora!

(Los criados se llevan las armas. La muchedumbre se va por la puerta de la derecha.)

ELINA.—*(En voz baja, a Bjorn.)* ¿Crees todavía que me equivoqué en mi juicio sobre... la señora Ostrot?

LA SEÑORA INGER.—*(Llama a Bjorn y le dice):* Prepara una habitación para un huésped.

BJORN.—Como ordenéis, señora.

LA SEÑORA INGER.—¡Y que la puerta esté abierta para todo el que llame!

BJORN.—Pero...

LA SEÑORA INGER.—¡La puerta abierta!

BJORN.—Estará abierta. *(Se va por la derecha.)*

LA SEÑORA INGER.—*(A Elina, que se va hacia la puerta de la izquierda.)* ¡Quédate! *(Elina se vuelve.)* Elina, hija mía, tengo que decirte a solas una cosa.

ELINA.—Os escucho.

LA SEÑORA INGER.—¿Tú piensas mal de tu madre?

ELINA.—Pienso lo que vuestra conducta, con gran dolor mío, me hace creer.

LA SEÑORA INGER.—Y me respondes como tu ánimo enemigo te dicta.

ELINA.—¿Quién ha hecho desaparecer el cariño de mi ánimo? Desde niña me había acostumbrado a venerar en vos una mujer grande y noble. Como vos me figuraba yo aquellas mujeres cuyos hechos gloriosos cuentan las crónicas. Me parecía que el mismo Dios había impreso una señal en vuestra frente, y os había elegido para conducir a los temerosos y a los vacilantes. Señoras y caballeros cantaban en la gran sala vuestras alabanzas, y hasta el pueblo os llamaba la esperanza y el apoyo del país. Y todos creían que con vos iban a volver los buenos tiempos. Todos creían que con vos

amanecería un nuevo día para nosotros. Hoy es noche aún y ya no sé si puedo esperar que con vos venga alguna vez la luz del día.

LA SEÑORA INGER.— Ya supongo de dónde tomas esas palabras venenosas. Dices todo lo que la turba murmura y cuchichea sobre cosas de que no puede juzgar.

ELINA.— La verdad está en boca del pueblo, decíais en otros tiempos, cuando discursos y canciones decían vuestras alabanzas.

LA SEÑORA INGER.— Acaso. Pero aunque yo permaneciese aquí inactiva siendo mi deber obrar..., ¿crees que una situación semejante no me pesaría lo suficiente para que tú echases todavía piedras sobre mi carga?

ELINA.— Las piedras que yo arrojo sobre vuestra carga pesan sobre mí tanto como sobre vos. Libre y dichosa era mi vida mientras pude creer en vos, pues para poder vivir necesito poder sentir orgullo. Y con razón hubiera podido ser orgullosa, si vos hubieseis seguido siendo siempre lo que erais.

LA SEÑORA INGER.— ¿Y quién te dice que no lo soy, Elina? ¿Cómo sabes con tal seguridad que no cometes una injusticia con tu madre?

ELINA.— (*Con vehemencia.*) ¡Ojalá fuese así!

LA SEÑORA INGER.— ¡Silencio! Tú no tienes derecho a pedir cuentas a tu madre. Con una sola palabra podría...; pero no te haría bien oírla; tienes que esperar hasta que llegue el tiempo. Puede ser que...

ELINA.— (*Haciendo ademán de irse.*) ¡Descansad, madre!

LA SEÑORA INGER.— (*Vacilante.*) No..., quédate. Tengo que decirte todavía algo que... Acércate. Es preciso que oigas, Elina. (*Se sienta al lado de la mesa que está junto a la ventana de la derecha.*)

ELINA.— Os escucho.

LA SEÑORA INGER.— A pesar de lo reservada que eres, sé muy bien que más de una vez has ansiado salir de aquí. Ostrot te parece demasiado solitario y triste.

ELINA.— ¿Cómo puede extrañaros eso, madre?

LA SEÑORA INGER.—Depende de ti el que en el porvenir sea de otra manera.

ELINA.—¿Cómo?

LA SEÑORA INGER.—Óyeme. Esta noche espero un huésped.

ELINA.—(*Acercándose.*) ¡Un huésped!

LA SEÑORA INGER.—Un huésped que debe permanecer desconocido. Nadie debe saber ni de dónde viene ni adónde va.

ELINA.—(*Arrojándose con un grito de alegría a sus pies y cogiendo sus manos.*) ¡Madre mía! ¡Madre mía! ¡Perdonadme, si podéis, toda la injusticia que he cometido contra vos!

LA SEÑORA INGER.—¿Qué crees? No te entiendo, Elina.

ELINA.—¿De modo que todos se han equivocado! ¡Vuestro corazón es siempre fiel!

LA SEÑORA INGER.—Pero levántate y habla...

ELINA.—¡Oh! ¿Creéis que no sé quién es el huésped?

LA SEÑORA INGER.—¿Lo sabes? ¿Y a pesar de eso...?

ELINA.—¿Creéis que las puertas de Ostrot están tan cerradas que de cuando en cuando no dejen pasar un grito de dolor? ¿Pensáis que no sé que muchos descendientes de nobles familias andan errantes y proscritos, sin casa ni amparo, mientras los señores daneses viven tranquilamente en los castillos de sus padres?

LA SEÑORA INGER.—Bien. ¿Y qué?

ELINA.—Sé muy bien que más de un caballero anda por el bosque perseguido como lobo hambriento. No tienen un hogar donde descansar, ni un pedazo de pan que comer.

LA SEÑORA INGER.—¡Basta! Ahora te comprendo.

ELINA.—(*Continuando.*) ¡Y por eso le abrí las puertas de noche! ¡Por eso ha de permanecer desconocido ese huésped de quien nadie ha de saber ni de dónde viene ni adónde va! ¡Darle asilo a pesar de que las órdenes de los señores os lo prohíben!...

LA SEÑORA INGER.— ¡Basta te digo! (*Calla un momento, y conteniéndose, agrega*): Te equivocas, Elina. El que espero no es un proscrito.

ELINA.—(*Levantándose.*) Entonces os he entendido mal.

LA SEÑORA INGER.— Óyeme, hija mía; pero óyeme tranquila, si te es posible domar tu ánimo vehemente.

ELINA.— Escucharé tranquila hasta que hayáis terminado.

LA SEÑORA INGER.— Escucha, pues, lo que tengo que decirte. En tanto que he podido he procurado que no supieses de los apuros y las dificultades en que nos encontrábamos. ¿Porque de qué podía servir llenar tu alma joven de preocupaciones y amarguras? De las dificultades no han de sacarnos lágrimas y quejas femeniles. Para ello son precisos valor y fuerza varoniles.

ELINA.— ¿Y quién os ha dicho que yo no posea valor y fuerza varoniles, si fuese necesario?

LA SEÑORA INGER.— ¡Calla, niña! Podía cogerte por la palabra.

ELINA.— ¿Cómo, madre mía?

LA SEÑORA INGER.— Podría pedirte ambas cosas. Podría... Pero déjame que termine de hablar. Has de saber que se acerca el tiempo que la Dieta imperial danesa aguarda ya de largo..., el tiempo en que puedan dar a nuestras libertades el último golpe. Por eso es necesario...

ELINA.—(*Con ímpetu.*) ¿Combatir, madre?

LA SEÑORA INGER.— No; es necesario ganar tiempo. En Copenhague está a estas horas reunida la Dieta para determinar la forma más conveniente de proceder. Parece que la mayoría es de opinión que la oposición no ha de cesar hasta que noruego y dinamarqués sean una misma cosa. Pues si nosotros seguimos creyendo en nuestro derecho de constituir nación independiente, cuando la elección de nuevo rey sobrevenga tendrá que estallar el conflicto. Y eso quieren evitarlo los señores daneses...

ELINA.— ¡Quieren evitarlo! Bien. ¿Pero nosotros vamos a tolerar tal atropello? ¿Vamos a contemplar tranquilamente que...?

LA SEÑORA INGER.— No; no lo toleraremos. Pero hacer uso de las armas..., presentarse en lucha abierta..., ¿de qué servirá todo eso hasta que

estemos unidos? ¿Y cuándo hemos estado menos unidos que ahora? No; cuanto podamos hacer contra esos planes tendremos que hacerlo en secreto y sin ruido. Necesitamos, como te digo, ganar tiempo para reflexionar. Al sur de Noruega una gran parte de la nobleza está con los daneses; aquí en el norte no se sabe bien cómo están los ánimos. Por eso el rey Federico envía a uno de sus hombres de confianza para informarse por sus propios ojos de nuestra manera de pensar.

ELINA.—(*Con gran interés.*) Bien... Y...

LA SEÑORA INGER.—Ese caballero llega a Ostrot esta noche.

ELINA.—¿Aquí? ¿Y esta noche?

LA SEÑORA INGER.—Ayer llegó a Drontheim. Y hace un momento recibí la noticia de que iba a venir aquí. Dentro de una hora habrá llegado.

ELINA.—¿Y no pensáis, madre, el daño que sufrirá vuestro nombre si consentís en recibir de tal modo al enviado danés? ¿No veis que la gente desconfía ya de vos? ¿Cómo podéis esperar que luego se deje guiar de vos si ahora llega a saberse que...?

LA SEÑORA INGER.—No te preocupes. En todo eso ya he pensado. Pero no hay otro remedio. Su comisión es secreta; por eso ha llegado de incógnito a Drontheim, y por eso tendrá que ser secreta su estancia en Ostrot.

ELINA.—¿Y el nombre del señor danés...?

LA SEÑORA INGER.—Suená bien, Elina. La nobleza de Dinamarca no puede presentar uno mejor.

ELINA.—¿Pero qué es lo que queréis? Todavía no he podido entenderlo.

LA SEÑORA INGER.—Lo comprenderás pronto. Ya que no podemos aplastar a la serpiente, tenemos que atarla.

ELINA.—Tened cuidado que no sea pequeña la cuerda.

LA SEÑORA INGER.—De ti depende que esté ligada con firmeza.

ELINA.—¿De mí?

LA SEÑORA INGER.—Hace tiempo que he notado que Ostrot es para ti una jaula. Un halcón joven no se encuentra a gusto entre barras de hierro.

ELINA.—Mis alas están paralizadas. Si ahora me dieseis la libertad, de poco me serviría.

LA SEÑORA INGER.—Tus alas no están paralizadas más que hasta que tú lo quieras.

ELINA.—¿Hasta que yo quiera? Mi voluntad está en vuestras manos. Si vos continuaseis siendo lo que erais, también yo querría...

LA SEÑORA INGER.—Basta de eso. Escúchame ahora. No creo que tengas inconveniente en marcharte de Ostrot.

ELINA.—Puede ser.

LA SEÑORA INGER.—Un día me dijiste que tú vivías tu vida más dichosa en cuentos y fantasías. Esa vida podía volver para ti.

ELINA.—¿Qué queréis decir?

LA SEÑORA INGER.—Elina, ¿si llegara un caballero poderoso que te llevase a su castillo, donde hallaras doncellas y escuderos, trajes de seda y suntuosos salones...?

ELINA.—¿Un caballero decís?

LA SEÑORA INGER.—Un caballero.

ELINA.—(*En voz baja.*) Y el caballero danés llega aquí esta noche.

LA SEÑORA INGER.—Esta noche.

ELINA.—Si es así temo haber entendido vuestras palabras.

LA SEÑORA INGER.—Nada tienes que temer si me has entendido bien. No entra en mis intenciones el forzarte. Según tu propia voluntad has de escoger y decidir en este asunto.

ELINA.—(*Acercándosele.*) ¿Habéis oído contar de una madre que corría en un trineo por la noche por la montaña? Seguía un rebaño de lobos; estaba en peligro su vida, y para ganar tiempo y salvarse a sí misma fue arrojándoles uno tras otro todos sus pequeñuelos.

LA SEÑORA INGER.—¿Eso no es más que un cuento! Antes se dejaría una madre arrancar del pecho el corazón, que arrojar sus hijos a los lobos hambrientos.

ELINA.—Si no fuera yo la hija de mi madre os daría la razón. Pero vos sois lo mismo que esa madre y habéis arrojado a los lobos, una tras otra, a vuestras hijas. Primero les echasteis la mayor. Hace cinco años que Merete salió de Ostrot. Ahora es la mujer de Vinzent Lungen. Mas ¿creéis que es dichosa la mujer del caballero danés? Merete tiene doncellas y escuderos, trajes de seda y suntuosos salones; pero el día no tiene sol para ella ni la noche sosiego, porque él no la ha amado nunca. Vino aquí y la pretendió porque era la más rica heredera de Noruega, y porque necesitaba afirmarse en el país. ¡Lo sé, lo sé muy bien! Merete os obedeció y siguió al señor extranjero. ¿Y qué le costó el haberlo hecho? Más lágrimas de las que debe desear una madre que habrá de responder por ellas el día del juicio.

LA SEÑORA INGER.—Sé cuál es la cuenta que tengo que dar y no me asusta.

ELINA.—Vuestra cuenta no acaba aquí. ¿Dónde está Lucía, vuestra segunda hija?

LA SEÑORA INGER.—Pregúntaselo a Dios, que la llamó a sí.

ELINA.—A vos os lo pregunto, porque vuestra es la responsabilidad de que haya tenido que dejar tan joven la vida. Cuando salió de Ostrot para visitar a Merete era alegre y dichosa como un pájaro en primavera. Un año después había tornado a casa. Sus mejillas estaban pálidas y traía la muerte en su pecho. ¿Qué?, ¿os maravilláis, madre? Creíais que su terrible secreto había muerto con ella..., pero a mí me lo confió todo. Un cortesano había conquistado su corazón. Quería casarse con ella. Vos sabíais que la honra andaba de por medio, y a pesar de eso fuisteis inflexible y vuestra hija tuvo que morir. Ya veis que lo sé todo.

LA SEÑORA INGER.—¿Todo? ¿Te ha dicho también su nombre?

ELINA.—No; su nombre no me lo ha dicho. Tenía un miedo terrible ante ese nombre...; jamás lo pronunció.

LA SEÑORA INGER.—(*Tranquilizada.*) Entonces no lo sabes todo, Elina... Lo que tú has dicho ahora lo sabía yo muy bien. Pero en ello hay algo sobre lo que tú acaso no has puesto atención. El caballero a quien Lucía conoció en Berguen era un danés...

ELINA.—Lo sé.

LA SEÑORA INGER.—Y su amor era una mentira. Por medio de astucia y de falsas palabras la había engañado.

ELINA.—Lo sé también. Pero ella a pesar de eso le amaba, y si hubieseis tenido un verdadero corazón de madre, la honra de vuestra hija hubiera pesado sobre todas las consideraciones.

LA SEÑORA INGER.—No por sobre su felicidad. ¿Crees que teniendo a la vista el ejemplo de Merete iba a sacrificar mi segunda hija a un hombre que no la amaba?

ELINA.—Palabras astutas engañan a menudo, pero a mí no me engañan. No creáis que desconozco tan por completo lo que pasa en el país. Estoy al tanto de vuestra conducta. Sé muy bien que los daneses no tienen en vos una amiga completamente fiel. Acaso les odiáis, pero les teméis al mismo tiempo. Cuando entregasteis a Lucía dominaban los daneses en el país. Cuando tres años después prohibisteis a Lucía casarse con aquel a quien había ligado su vida, las cosas habían cambiado. Los gobernadores daneses habían cometido vergonzosas crueldades con el pueblo, y entonces no os pareció conveniente ligaros más estrechamente de lo que estabais a los dominadores extranjeros. ¿Y qué es lo que habéis hecho para vengar a aquella que tan joven hubo de morir? Nada habéis hecho. ¡Pues bien; yo obraré por vos! ¡Yo tomaré venganza de toda la ignominia que sobre nuestro pueblo y sobre nuestra casta han caído!

LA SEÑORA INGER.—¿Tú? ¿Qué es lo que pretendes?

ELINA.—Quiero seguir mi camino, del mismo modo que vos seguís el vuestro. Yo misma no sé qué es lo que voy a hacer. Pero siento en mí la fuerza para osarlo todo por nuestra causa.

LA SEÑORA INGER.—Entonces vas a tener que entrar en una lucha dura. Una vez hice yo los mismos votos que tú ahora y mis cabellos han encanecido bajo su peso.

ELINA.—¡Buenas noches! Puede venir vuestro huésped y mi presencia no es necesaria. Acaso sea aún tiempo para vos... ¡Que Dios dirija y facilite vuestra obra! No olvidéis que los ojos de muchos miles os vigilan. Pensad en Merete, que llora día y noche sobre su dicha perdida. Pensad en Lucía, que duerme en la tumba. Y una cosa todavía: ¡no olvidéis que esta noche

echáis los dados sobre la suerte de vuestra última hija! (*Se va por la izquierda.*)

LA SEÑORA INGER.—(*La sigue con la vista.*) ¡Mi última hija! Has dicho más verdad de la que suponías. Pero no solo sobre mi hija: esta noche se echan los dados sobre la suerte de toda Noruega. (*Asomándose a la ventana de la derecha.*) ¿No entra alguien a caballo por la puerta del castillo? (*Escucha.*) ¡No; todavía no! Era el viento. Hay un frío sepulcral... ¿Tenía Dios derecho a eso?... ¡Hacerme mujer... y luego echar sobre mis hombros una carga de varón! Porque la suerte del país está en mis manos. De mí depende que se levanten todos como un solo hombre. Y si no doy ahora la señal, quizá no volverá a presentarse nunca la ocasión. ¿Aguardar? ¿Sacrificar la voluntad de todos a la de uno? ¿No sería mejor si pudiese...? ¡No, no, no! ¡No quiero!... ¡No puedo! (*Mira hacia la sala de armas, aparta asustada la vista y dice susurrando*): ¡Están allí otra vez!... Pálidos espectros... Antepasados muertos... Parientes caídos... ¡Oh, esos ojos punzantes que me persiguen de todos los rincones! (*Hace ademán de apartarlos con las manos y grita*): ¡Sten Sture! ¡Knut Alfson! ¡Olaf Skaktval! ¡Atrás! ¡Atrás! ¡No puedo! ¡No quiero!

(*Un desconocido, hombre fuerte, con los cabellos y la barba canosos, en desorden, vestido con una piel de carnero toda destrozada y con armas sucias, entra por la puerta de la sala de armas; se para en la puerta, y con voz contenida dice*): ¡Salud a vos, señora Inger Gyldenlöve!

LA SEÑORA INGER.—(*Se vuelve y da un grito.*) ¡Oh, Cristo divino! ¡Asísteme! (*Se deja caer en una silla. El desconocido la contempla inmóvil, apoyado en su espada.*)

ACTO SEGUNDO

La misma habitación que en el primer acto. La señora Inger está sentada en la mesa a la derecha de la ventana. Olaf Skaktval está un poco alejado de ella. Los rostros de ambos indican que han sostenido una conversación accidentada.

OLAF.—Por última vez, Inger Gyldenlöve, ¿es irrevocable vuestro propósito?

LA SEÑORA INGER.—No puedo hacer otra cosa. Y a vos aconsejo que hagáis lo que yo. Si la voluntad del Cielo es que Noruega tenga que caer, será lo mismo si nosotros la protegemos que si no.

OLAF.—¿Y creéis que con eso voy a contentarme? ¿Que voy a resignarme a aguardar tranquilo y a ver lo que ocurre, ahora que el tiempo ha llegado? ¿Habéis olvidado lo que tengo que vengar? Me han robado toda mi hacienda y se la han repartido. Como a un perro han asesinado ante mis ojos a mi único hijo, el último resto de mi casta. A mí mismo me han perseguido durante veinte años por las selvas y los montes. Muchas veces se ha dicho que yo había muerto; pero yo conservo la esperanza de no morir sin haberme antes vengado.

LA SEÑORA INGER.—Entonces vais a vivir todavía largo tiempo. ¿Y qué es lo que queréis hacer?

OLAF.—¿Hacer? ¡Qué sé yo lo que quiero hacer! Nunca he sabido combinar planes. Para eso pido vuestra ayuda. Vos sois bastante inteligente para hacerlos. Yo no tengo más que mis dos brazos y mis armas.

LA SEÑORA INGER.— ¡Vuestras armas están oxidadas, Olaf Skaktval! ¡En Noruega están todas las armas oxidadas!

OLAF.— ¡Por eso ciertas gentes no pelean más que con la lengua! Inger Gyldenlöve, habéis cambiado mucho. Un tiempo hubo en que en vuestro pecho latía un corazón masculino.

LA SEÑORA INGER.— No me recordéis lo que fue.

OLAF.— Pues precisamente para eso he venido a veros. Habéis de oírme, y si...

LA SEÑORA INGER.— Bien. Pero apresuraos, porque..., tengo que decíroslo...: no estáis seguro aquí en mi casa.

OLAF.— ¿El proscrito no está seguro en Ostrot? Eso lo sé hace tiempo. ¿Pero olvidáis que el proscrito no está en ninguna parte seguro?

LA SEÑORA INGER.— Entonces, hablad; os escucho.

OLAF.— Van cerca de treinta años desde que os vi por primera vez. Fue en Akershus, en casa de Knut Alfson y su esposa. Erais todavía una niña entonces; y a pesar de eso erais ya audaz como un halcón, y a veces impetuosa e indomable. Muchos eran los que os pretendían. También yo os amaba..., os amaba como no amé a ninguna mujer. Mas vos solo teníais un fin ante los ojos y un pensamiento: el pensamiento en la desdicha de la nación.

LA SEÑORA INGER.— Tenía entonces quince primaveras. ¡Pensadlo! ¿Y no era como si todos nosotros estuviésemos poseídos de un delirio en aquellos días?

OLAF.— Llamadlo como queráis. Lo que sé es una cosa. Los más viejos y más experimentados entre nosotros pensaban que estaba dispuesto por Dios que vos seríais quien rompiese nuestro yugo y quien nos devolviese nuestros antiguos derechos. Y sé además que vos misma entonces pensabais del mismo modo.

LA SEÑORA INGER.— ¡Era un pensamiento pecaminoso, Olaf Skaktval! Lo que en mí hablaba era el orgullo y no la voz del Señor.

OLAF.— Hubierais podido ser la elegida si lo hubierais querido. Descendíais de la más antigua familia de Noruega, y teníais oídos para los gritos de dolor en aquel tiempo. ¿Recordáis aquella tarde en que Enrique Krummedi-

ke apareció con la flota danesa ante Akershus? Los daneses ofrecieron un acomodo ventajoso, y asegurado por ellos se fue a bordo Knut Alfson: tres horas después le entrábamos por las puertas del palacio...

LA SEÑORA INGER.— ¡Muerto! ¡Muerto!

OLAF.— Dejó de latir el mejor corazón de Noruega cuando los mercenarios de Krummedike le mataron. Paréceme que estoy viendo el lúgubre desfile que entró en el salón. Allí yacía en el ataúd, con el hachazo en la frente, blanco como una nube de primavera. En derredor de él estaban aquel día los más bravos guerreros de Noruega. La señora Margarita estaba a la cabeza, y ante ella juramos todos perder la vida y bienestar para vengar aquella afrenta y todas las demás. ¿Quién fue, Inger Gyldenlöve, la que entonces se abrió paso por entre el círculo de los hombres? Una doncella, casi una niña aún; despedían fuego sus ojos y las lágrimas ahogaban su voz. ¿Y qué fue lo que juró? ¿Queréis que os repita sus palabras?

LA SEÑORA INGER.— Yo juré lo que otros habían jurado; ni más ni menos.

OLAF.— ¡Recordáis vuestro juramento..., y lo habéis olvidado!

LA SEÑORA INGER.— ¿Y cómo cumplieron los demás sus promesas? No hablo de vos, sino de vuestros amigos, de toda la nobleza noruega. ¡No hay uno solo entre ellos que haya tenido en estos años valor para ser hombre! ¡Y luego me echan a mi cara el ser una mujer!

OLAF.— Ya sé lo que vais a decir: ¿Por qué se sometieron, en vez de resistirse hasta el último momento, a los tiranos? Verdad es; hay mucha cobardía en nuestra generación. Pero si hubiesen estado unidos, ¿quién sabe lo que hubiera ocurrido? Y vos hubierais podido mantenerlos unidos, pues ante vos todos se hubieran inclinado.

LA SEÑORA INGER.— Con facilidad podría contestaros; pero no querríais hacer caso de mi respuesta. Por eso, ¿a qué hablar de lo que ya no puede mudarse? Mejor será que tratemos de lo que hoy os trae a Ostrot. ¿Necesitáis asilo? Bien; quiero intentar ocultaros. Si queréis otra cosa hablar; estoy dispuesta a...

OLAF.— Vivo hace veinte años sin hogar. Mis cabellos han encanecido en las rocas de Jämteland; he dormido cerca de los lobos y los osos. Ya veis, señora, que no necesito de vos. Pero el pueblo y la nobleza os necesitan.

LA SEÑORA INGER.—La vieja canción.

OLAF.—Ya sé que no suena bien en vuestros oídos; pero a pesar de eso tendréis que oírla. En pocas palabras: vengo de Suecia; va a haber movimiento; comenzará en Dalekarlia.

LA SEÑORA INGER.—Lo sé.

OLAF.—El canciller está comprometido..., pero en secreto.

LA SEÑORA INGER.—(*Sorprendida.*) ¿Cómo?

OLAF.—Él es quien me envía a Ostrot.

LA SEÑORA INGER.—(*Poniéndose en pie.*) ¿Decís que el canciller Pedro...?

OLAF.—El mismo... ¿O es que ya no le conocéis?

LA SEÑORA INGER.—(*Para sí.*) ¡Demasiado!... Pero, decidme, os lo ruego..., ¿qué embajada me traéis?

OLAF.—Cuando llegó el rumor de los sucesos a las montañas de la frontera donde yo andaba refugiado, púseme inmediatamente en camino para Suecia. Ya me figuraba que la mano del canciller andaba en el juego. Le busqué y le ofrecí mis servicios; como sabéis, me conocía de otros tiempos; sabía que se puede confiar en mí..., y me envió aquí.

LA SEÑORA INGER.—(*Impaciente.*) ¡Bien, bien! Os envió aquí para...

OLAF.—(*Misteriosamente.*) Señora Inger, esta noche viene un desconocido a Ostrot.

LA SEÑORA INGER.—(*Sorprendida.*) ¿Cómo! ¿Sabéis que...?

OLAF.—Ya lo creo que lo sé. Lo sé todo. El canciller me ha enviado aquí para verme con él.

LA SEÑORA INGER.—¡Con él! ¡Imposible, Olaf!... ¡Eso es imposible!

OLAF.—Como os lo digo. Si no ha llegado todavía, no pasará mucho tiempo sin que...

LA SEÑORA INGER.—Sí, pero...

OLAF.—¿Esperáis, pues, su venida?

LA SEÑORA INGER.—Sin duda. Me ha enviado un mensajero anunciándomela. Por eso se os ha abierto en cuanto llamasteis.

OLAF.—(*Escuchando.*) ¡Oíd! Se oye afuera el paso de un caballo. (*Asomándose a la ventana.*) Se abre la puerta.

LA SEÑORA INGER.—(*Mirando también por la ventana.*) Un caballero con su escudero. Se bajan en el patio.

OLAF.—Ahí está, pues. ¿Cómo se llama?

LA SEÑORA INGER.—¿No sabéis su nombre?

OLAF.—El canciller se negó a decírmelo. Solo me dijo que le encontraría la tercera noche después de la fiesta de San Martín, en Ostrot.

LA SEÑORA INGER.—Esa noche es hoy.

OLAF.—Me dijo que traería documentos, y que por ellos, o de vuestra propia boca, sabría quién era.

LA SEÑORA INGER.—Dejadme entonces que os acompañe a vuestra habitación. Necesitáis descanso y sosiego. Y pronto hablaréis al forastero.

OLAF.—Como gustéis. (*Salen ambos por la izquierda.*)

(*Tras una corta pausa, Finn entra con precaución por la puerta de la derecha, mira alrededor de sí, arroja una ojeada por la sala de armas y vuelve luego a la puerta, donde hace una seña a alguien que está fuera. Nils Lykke y el comisionado sueco, Jens Bjelke, entran en la habitación.*)

LYKKE.—(*A media voz.*) ¿Nadie?

FINN.—(*Del mismo modo.*) Nadie, señor.

LYKKE.—¿Y podemos abandonarnos a ti en todo?

FINN.—El gobernador de Drontheim ha certificado siempre de que yo soy hombre de confianza.

LYKKE.—Bien; eso mismo me ha dicho a mí. Y ahora, ante todo, ¿ha llegado a Ostrot algún otro forastero?

FINN.—Sí; hace como una hora que llegó un desconocido.

LYKKE.—(*En voz baja, a Bjelke.*) Está aquí. (*A Finn.*) ¿Podrías reconocerle? ¿Le has visto?

FINN.—No; que yo sepa no le ha visto nadie más que el guardián. La señora le tomó inmediatamente por su cuenta y...

LYKKE.—¿Y qué? ¿No se habrá vuelto a marchar?

FINN.—No; pero ha decidido esconderlo en sus propias habitaciones, pues...

LYKKE.—Está bien.

BJELKE.—(*En voz baja.*) Entonces, ante todo, vigilar la puerta y le tenemos seguro.

LYKKE.—(*Sonriendo.*) ¡Hum! (*A Finn.*) Oye, dime. ¿No hay aquí en el castillo otra salida además de la de la puerta? (*Finn le mira asombrado.*) ¡No me mires con esa cara! Quiero decir, si no puede alguien salir en secreto de Ostrot estando cerrada la puerta principal.

FINN.—Yo no lo sé. Sí que se habla de pasillos secretos abajo en las bóvedas; pero no creo que los conozca nadie más que la misma señora. Y acaso también la señorita Elina.

LYKKE.—Está bien. Puedes irte.

FINN.—Perfectamente. Si necesitarais de mí no tenéis más que llamar a la segunda puerta de la derecha de la sala de armas; inmediatamente estaré a vuestra disposición.

LYKKE.—Bien. (*Le muestra la puerta. Finn se va.*)

BJELKE.—¿Sabéis, querido amigo y hermano, que la cosa se pone mal para nosotros dos?

LYKKE.—(*Sonriendo.*) ¡Oh! Espero que para mí no.

BJELKE.—¿Lo creéis así? En primer lugar, no es una gran honra cazar a un muchacho barbilampiño como ese Nils Sture. Dada la manera como ha procedido, ¿he de tenerle por inteligente, o por loco? Primero agitar a los campesinos, prometerles su apoyo, y cuando llega el momento escaparse y venir a esconderse entre las faldas de una mujer. Por lo demás me arrepiento de haber seguido vuestro consejo y de no haber obrado a mi antojo.

LYKKE.—(*Para sí.*) ¡El arrepentimiento viene tarde, hermano!

BJELKE.—Porque, creedme, este género de cacerías no son de mi gusto. Yo había esperado otra cosa. Heme aquí que he venido con mis jinetes de Jämteland; he recibido la carta del gobernador de Drontheim facultándome para buscar donde yo quiera a los promotores de los tumultos. Todas las señales indican que se ha refugiado en Ostrot...

LYKKE.—¡Está aquí! ¡Yo aseguro que está aquí!

BJELKE.—Pero entonces, ¿habría nada más natural que cerrar la puerta y buscarlo? ¿Por qué no lo he hecho? Entonces hubiera tenido aplicación para mis soldados.

LYKKE.—Y en lugar de eso se nos abre muy cortésmente la puerta. Y pensad que, si su fama no miente, la dueña de Ostrot cuida de que a sus huéspedes nada les falte en comida y en bebida.

BJELKE.—Sí; para disuadirme de mis propósitos. ¿Pero por qué me pedisteis que dejase mis jinetes a un cuarto de hora del castillo? Si los hubiésemos traído...

LYKKE.—A pesar de eso nos hubiera recibido amablemente. Pero pensad que en tal caso el intento no hubiera podido realizarse sin ruido. Los campesinos de las cercanías hubiesen visto en ello un atropello contra la señora Inger; de esa manera hubiera vuelto a adquirir el favor de la muchedumbre, y eso no es conveniente.

BJELKE.—Acaso. ¿Pero qué hemos de hacer ahora? Decís que el conde Sture está en Ostrot; ¿pero de qué me sirve eso? La señora Inger dispone de seguro de un escondrijo, y su palacio tiene, sin duda, más de una salida. ¡Nosotros dos solos podemos aguardar tranquilamente! ¡Que el diablo se lleve la historia entera!

LYKKE.—Bien, mi querido señor. Si el cariz que vuestra misión ha tomado os desagrada, dejadme a mí solo el campo de batalla.

BJELKE.—¿A vos? ¿Qué queréis hacer vos?

LYKKE.—Con listeza y astucia puede aquí quizás lograrse lo que por las armas no podríamos conseguir. Y, hablando francamente, algo semejante pienso desde que nos encontramos ayer en Drontheim.

BJELKE.—¿Me habéis persuadido por eso a separarme de mis soldados?

LYKKE.—Lo mismo vuestro negocio que el mío pueden llevarse mejor a cabo sin ellos; y luego...

BJELKE.—Iba casi a decir ¡lléveos el demonio! ¡Y a mí con vos! Hubiera debido figurarme que no podíais dejar de ser zorro.

LYKKE.—Sí, pero ved: aquí es el lugar indicado para el zorro, porque hay que luchar con armas análogas. Y debo deciros que para mí tiene la mayor importancia despachar de buen modo y en poco tiempo mi misión. Sabed que mi rey y señor no estaba conmigo en las mejores relaciones al partir. Él creía tener sus razones para ello, aunque yo pienso haberle servido en muchas ocasiones tan bien como cualquier otro podría hacerlo.

BJELKE.—En eso tenéis razón, sin duda. Dios y el mundo entero saben que vos sois el más astuto demonio de los tres reinos.

LYKKE.—Mil gracias, pero eso no es mucho; porque lo que ahora pretendo hacer es realmente una obra maestra, pues aquí se trata de burlar a una mujer.

BJELKE.—¡Ja, ja, ja! ¡En ese terreno habéis realizado muchas obras maestras, hermano! ¿Creéis que no conocemos también en Suecia la canción que dice que todas las doncellas suspiran por el amor de Nils Lykke?

LYKKE.—La canción vale solo para las mujeres hasta los veinte años. La señora Inger anda por los cincuenta, y es, además, astuta como pocas. No será fácil entendérselas con ella. ¡Pero habrá de ser..., cueste lo que cueste! Si consigo alcanzarle al rey ciertas ventajas sobre ella, que ha largo tiempo persigue, puedo estar seguro de que en la primavera próxima se me confiará la Embajada de Francia. ¿Sabéis que he pasado en la Universidad de París tres años? Todas mis aspiraciones van hacia allá, sobre todo si pudiera entrar en París con una posición tan importante como la de embajador de un rey. Ahora, ¿verdad?, dejad a la señora Inger de mi cuenta. Recordad, allá cuando estabais en Copenhague, que en la corte más de una vez os dejé el campo libre para que pudieseis conseguir una hermosa mujer.

BJELKE.—¡Hum! Vuestra magnanimidad no era tan grande. ¡Las teníais a todas a vuestra disposición! Pero de todos modos, puesto que yo he comprendido mal la cosa, me parece lo mejor que vos obréis por vuestra cuenta y riesgo. Ahora..., y os exijo vuestra palabra de honor de que así lo haréis, si el conde Sture está en Ostrot habéis de entregármelo vivo o muerto.

LYKKE.—Vivo habéis de tenerlo. Al menos no quiero quitarle la vida. Y ahora debéis volveros donde están vuestros hombres. Vigilad el camino. En cuanto descubriese algo sospechoso os mandaría aviso.

BJELKE.—Bien, bien. ¿Pero cómo voy a salir de aquí?

LYKKE.—El criado que nos ha guiado hasta aquí os ayudará. Pero con el mayor silencio...

BJELKE.—Naturalmente. Entonces..., ¡buena suerte!

LYKKE.—Hasta ahora nunca me ha abandonado la suerte en luchas con mujeres. ¡Daos prisa! (*Bjelke sale por la derecha.*)

LYKKE.—(*Se queda un momento inmóvil, luego pasea por el aposento y dice a media voz*): Por fin estoy en Ostrot, esa antigua residencia señorial de la cual tanto me contó hace dos años una niña, Lucía. Sí, hace dos años era aún una niña; ahora ha muerto. (*Canturrea medio sonriente*):

Se marchitan y secan las flores...

(*Mirando en derredor.*) Ostrot. Me parece como si lo hubiera visto ya; como si estuviera en un sitio conocido de antiguo. Allí está la sala de armas y allá abajo están las tumbas. Allí estará también Lucía. (*Medio en serio, medio en broma forzada.*) Si yo fuese un hombre temeroso podría figurarme que se levanta de su ataúd al pisar yo el umbral de Ostrot. Cuando yo entraba en el patio del castillo levantaba ella la tapa de la sepultura. Y al pronunciar yo ahora su nombre sintió como si una voz la llamase de lo profundo. Quizás está ahora subiendo la escala. Le estorba el sudario, pero a pesar de eso sigue subiendo. ¡Ya ha llegado a la sala de armas! Se apoya en el quicio de la puerta y me contempla con fijeza. (*Echa hacia atrás la cabeza, la hace señas y dice en alta voz*): ¡Acércate, Lucía! ¡Charlemos un poco! Tu madre me hace esperar. ¡El esperar es tan fastidioso..., y tú me has ayudado a pasar tantas horas de fastidio! (*Se pasa la mano por la frente y da unos pasos por el aposento.*) ¡Allí está! Justo; esa es la ventana con la cortina. Allí suele colocarse Inger Gyldenlöve. (*Mira hacia el camino, como si aguardase a alguien que no viene nunca.*) Por allá adentro... (*Señalando hacia la izquierda.*) anda el aposento de Elina, su hermana. ¿Elina? Sí, se llama Elina. ¿Puedo creer que es tan original, tan inteligente y tan animosa como Lucía contaba? Y hermosa debe serlo también. ¿Pero para mujer...? No debí haberlo escrito tan claro. (*Hundido en sus reflexiones quiere sentar-*

se en la mesa, pero se levanta enseguida.) ¿Cómo me recibirá la señora Inger? No nos quemará en el castillo. No me querrá tender una celada, ni hacer que me acometan asesinos con un puñal. (*Escucha hacia la sala.*) ¡Ajá!

(La señora Inger entra por el centro de la sala.)

LA SEÑORA INGER.—(*Con frialdad.*) Os saludo, señor consejero imperial.

LYKKE.—(*Inclinándose profundamente.*) ¡Ah, la señora de Ostrot!

LA SEÑORA INGER.—Y os doy las gracias por haberme avisado con anticipación de vuestra llegada.

LYKKE.—Era mi deber. Tenía razones para creer que mi venida había de sorprenderos.

LA SEÑORA INGER.—En verdad, señor consejero, en eso no os equivocáis. Nunca hubiera esperado ver a Nils Lykke como huésped de Ostrot.

LYKKE.—Y todavía habréis esperado menos que hubiese de venir como amigo.

LA SEÑORA INGER.—¿Como amigo? ¿Queréis agregar todavía la burla a toda la deshonra y el dolor que habéis arrojado sobre mi casa? ¿Después de haberle quitado la vida a mi hija osáis aún...?

LYKKE.—Perdonad, señora Inger Gyldenlöve... En este punto es difícil que lleguemos a estar conformes, pues vos no tenéis en cuenta lo que yo perdí en ese desdichado asunto. Mis intenciones eran honradas. Estaba cansado de mi vida libre; ya había pasado de los treinta; ansiaba una mujer buena y piadosa. Añadid a esto la posibilidad de tener la honra de ser vuestro yerno...

LA SEÑORA INGER.—¡Tened cuidado, señor consejero imperial! Lo que ha ocurrido con mi hija lo he ocultado lo mejor que podía. Pero no creáis que aunque secreto esté oculto. Podía llegar pronto el momento...

LYKKE.—¿Me amenazáis, señora? Os he ofrecido conciliación. ¿Os negáis a aceptarla? ¿Es que ha de comenzar desde hoy guerra abierta entre nosotros?

LA SEÑORA INGER.—No sabía que antes hubiera sido de otro modo.

LYKKE.—De vuestra parte acaso. Yo no he sido nunca vuestro enemigo, aunque como súbdito del rey de Dinamarca hubiera tenido motivo para ello.

LA SEÑORA INGER.—Ya os comprendo. No he sido bastante dócil. No conseguíais con toda la facilidad que desearais atraerme a vuestro campo. Sin embargo, creo que no tenéis de qué quejaros. Mi hija Merete es la esposa de un compatriota vuestro. Más lejos no podía ir. ¡Mi posición es difícil, Nils Lykke!

LYKKE.—En eso os doy enteramente la razón. La nobleza y el pueblo noruego creen tener derecho a esperar de vos el cumplimiento de antiguas promesas, promesas que, según se dice, solo en parte habéis satisfecho.

LA SEÑORA INGER.—Perdonad, señor consejero imperial; pero de mi conducta no doy cuenta a nadie más que a Dios y a mí misma. Por lo tanto, tened la bondad de decirme, si os place, qué es lo que os trajo aquí.

LYKKE.—Enseguida, señora. El objeto de mi envío a este país no puede seros desconocido...

LA SEÑORA INGER.—Sé, en general, qué misión se os adjudica. Nuestro rey quiere saber cuál es la actitud de la nobleza noruega.

LYKKE.—Sin duda.

LA SEÑORA INGER.—Entonces, ¿por eso habéis venido a Ostrot?

LYKKE.—En parte por eso. Sin embargo, no vengo a pedir os seguridades verbales.

LA SEÑORA INGER.—¿Entonces?

LYKKE.—Oídmeme, señora. Vos misma acabáis de decir que vuestra posición era difícil. Estáis entre dos campamentos enemigos, que solo a medias se atreven a confiar en vos. Vuestro interés personal debe inclinaros hacia nosotros. Por el contrario, a los descontentos estáis unida por vuestra patria y... ¡quién sabe si acaso algún lazo secreto!...

LA SEÑORA INGER.—*(Para sí.)* ¡Un lazo secreto! ¡Dios mío! ¿Sabrá él...?

LYKKE.—*(Ve sin que ella lo note su movimiento, y agrega con naturalidad):* Vos misma veis seguramente que esta situación a la larga no es tolera-

ble. Suponed ahora que estuviese en mi poder el libraros de estas circunstancias que...

LA SEÑORA INGER.—¿En vuestro poder decís?...

LYKKE.—Ante todo os pido, señora, que no deis importancia al tono ligero con que antes he tratado la situación en que nosotros dos nos encontramos. No creáis que se aparta de mi pensamiento un momento la conciencia de la culpa en que frente a vos estoy. Suponed que hace mucho tiempo fuera mi intención reparar el daño que os hice. Suponed que con ese objeto haya procurado que me enviasen aquí.

LA SEÑORA INGER.—Explicaos más claramente; ahora no os entiendo.

LYKKE.—No me equivoco acaso suponiendo que vos estáis tan al tanto como yo de los movimientos que amenazan estallar en Suecia. Sabéis o adivináis que esos movimientos tienen más importancia de la que en general se les concede, y comprenderéis, por tanto, que nuestro rey no puede permanecer tranquilo viendo cómo las cosas se van desenvolviendo. ¿No es verdad?

LA SEÑORA INGER.—Seguid.

LYKKE.—(*Después de una pausa y mirándola inquisitivamente.*) Puede pensarse un caso en el cual corriese peligro el trono de Gustavo Wasa.

LA SEÑORA INGER.—¿Dónde quiere ir a parar?

LYKKE.—El caso de que se hallase en Suecia un hombre que tuviese derecho, en virtud de su nacimiento, a ser elegido como señor del pueblo.

LA SEÑORA INGER.—La nobleza de Suecia está tan diezmada como la nuestra, señor consejero imperial. ¿Dónde ibais a buscar...?

LYKKE.—(*Sonriendo.*) ¿Buscar? El hombre está ya encontrado.

LA SEÑORA INGER.—(*Aterrada.*) ¿Encontrado?

LYKKE.—Y os está demasiado allegado para que no hayáis pensado en él. El difunto conde Sture ha dejado un hijo...

LA SEÑORA INGER.—(*Con un grito.*) ¡Redentor divino! ¿Por dónde sabéis...?

LYKKE.—Conteneos, noble señora, y dejadme que termine de hablar. Este muchacho vivió tranquilamente hasta ahora con su madre, la viuda de Sten Sture.

LA SEÑORA INGER.—(*Respirando de nuevo.*) ¿Con...? ¡Ah, sí..., sin duda!

LYKKE.—Mas ahora ha aparecido públicamente. En Dalekarlia se ha mostrado a la cabeza de los campesinos. Su número crece de día en día y, como quizás sabéis, encuentran también apoyo de este lado de la frontera.

LA SEÑORA INGER.—(*Que entretanto ha recobrado su sangre fría.*) Señor consejero imperial, habláis de todas esas cosas con la plena convicción de que yo tengo conocimiento de ellas. ¿Qué motivo os he dado para suponerlo así? No sé nada ni quiero saber nada. No pretendo más que vivir tranquilamente en mis dominios. No presto mi apoyo a los agitadores; pero tampoco podéis contar conmigo para combatirlos.

LYKKE.—(*Con voz contenida.*) ¿Permaneceríais también inactiva si tuviese la intención de ponerme a vuestro lado?

LA SEÑORA INGER.—¿Cómo he de entenderos?

LYKKE.—¿No habéis comprendido, pues, adónde quería ir a parar? Bien; entonces os lo diré todo noble y honradamente. Sabed que el rey y su Consejo han comprendido que no podríamos nunca asentarnos con pie firme en Noruega mientras pueblo y nobleza siguieran creyéndose oprimidos y vejados. Hemos comprendido que valen más aliados voluntarios que súbditos sometidos por fuerza, y en el fondo nada deseamos tanto como romper lazos que nos atan a nosotros por lo menos tanto como a vosotros. Pero habéis de reconocer que el ánimo de los noruegos contra nosotros hace que resulte peligroso intentar ese paso..., mientras no tengamos un apoyo seguro a nuestras espaldas.

LA SEÑORA INGER.—¿Y ese apoyo...?

LYKKE.—Ese apoyo hay que buscarlo, ante todo, en Suecia. Pero, notadlo, no mientras rija Gustavo Wasa; porque Gustavo no ha ajustado aún sus cuentas con Dinamarca, ni las ajustará nunca. En cambio, un nuevo rey que tuviera de su parte al pueblo y debiera la corona al apoyo de Dinamarca... ¿Qué, comenzáis a entenderme?... Entonces podríamos tranquilamente deciros a vosotros: «Noruegos, os devolvemos vuestros antiguos dere-

chos tradicionales; elegid libremente un rey, y sed nuestros amigos en la hora del peligro, como nosotros lo hemos sido vuestros». Fijaos bien también, señora, en que esta generosidad no es en el fondo tan grande como acaso pudiera parecer, pues de seguro veis perfectamente que ello en vez de debilitarnos nos fortalecería más bien. Y puesto que con tal franqueza he hablado con vos, dejad toda desconfianza. (*Con convicción.*) Haced que el caballero sueco que una hora antes de mí ha entrado...

LA SEÑORA INGER.—¿Sabéis ya, pues...?

LYKKE.—Lo sé. A él es precisamente a quien busco.

LA SEÑORA INGER.—(*Para sí.*) ¡Es increíble! Tenía, pues, razón Olaf Skaktval. (*A Nils.*) Tened la bondad de aguardar un momento, señor consejero imperial. Voy a buscarlo. (*Sale por la puerta del centro, en el fondo.*)

LYKKE.—(*La sigue con la vista, con asombro triunfante.*) ¡Lo trae! ¡Lo trae, sin duda! La batalla está, pues, ganada a medias. No hubiera creído nunca que fuera tan fácil. Se ve que está muy comprometida en el movimiento. Cuando pronuncié el nombre del hijo de Sture se aterró. ¿Y ahora? ¡Oh! Si con tanta confianza ha caído en la celada la señora Inger, no creo que Nils Sture me proporcione grandes dificultades. Un mozo sin reflexión ni juicio... En cuanto le prometa nuestro apoyo es hombre seguro. Desgraciadamente lo prenderá Jens Bjelke al salir de aquí..., y ha fracasado el proyecto. ¿Y luego? Luego todo será en beneficio de nuestra causa. Corre el rumor de que el joven conde Sture estaba en Ostrot, de que un enviado danés tenía una cita con la señora Inger, y de que a consecuencia de eso los soldados del rey Gustavo prendieron a Nils Sture a un cuarto de hora del castillo. Por grande que sea el prestigio de Inger Gyldenlöve en el pueblo, no podrá resistir un golpe semejante. (*Se muestra de pronto desconfiado.*) ¡Por todos los diablos! ¡Si habrá sospechado algo la señora Inger! Acaso nos lo está ocultando en este momento... (*Escuchando hacia la sala.*) ¡Bah! No hay por qué alarmarse. Ahí están ya.

LA SEÑORA INGER.—(*Entra acompañada de Olaf Skaktval.*) Aquí os traigo al que aguardáis.

LYKKE.—(*Para sí.*) ¡Voto a...! ¿Qué quiere decir esto?

LA SEÑORA INGER.—He comunicado a este caballero vuestro nombre y todo lo que me habéis dicho...

LYKKE.—(*Indeciso.*) ¿Sí? Está bien... De modo...

LA SEÑORA INGER.—Y no quiero disimularos que no tiene gran confianza en vuestro apoyo.

LYKKE.—¿No?

LA SEÑORA INGER.—¿Os maravilla eso? Sin embargo, sabéis quién es, conocéis su amargo destino...

LYKKE.—¿El destino de este hombre?... Sí, sí..., claro está...

OLAF.—(*A Lykke.*) Mas puesto que el canciller Pedro mismo ha dispuesto que tuviéramos aquí una entrevista...

LYKKE.—¿El canciller? (*Dominándose rápidamente.*) Sí, muy bien. Tengo una embajada del canciller.

OLAF.—Y él debe saber mejor que nadie en quién puede confiarse. Por lo tanto, no quiero torturarme la cabeza para averiguar cómo...

LYKKE.—Tenéis mucha razón; ante todo, eso no.

OLAF.—Es preferible ir desde luego al asunto.

LYKKE.—Al asunto sin rodeos. Esa es mi manera...

OLAF.—¿Queréis, pues, decirme, qué clase de embajada me traéis?

LYKKE.—¿Mi embajada? Creo que fácilmente podéis averiguar...

OLAF.—El canciller hablaba de papeles que...

LYKKE.—¿Papeles? ¡Ah, claro está, los papeles!

OLAF.—¿Los traeréis con vos, verdad?

LYKKE.—Naturalmente; bien guardados; casi demasiado bien para así con la prisa... (*Hace como si buscara en su jubón, y dice para sí*): ¿Quién diablos puede ser? Aquí podían hacerse grandes descubrimientos. (*Nota que los criados ponen la mesa en la sala y encienden las luces.*) ¡Ah, veo que la señora Inger prepara la cena! En la mesa podremos hablar mejor de nuestro asunto.

OLAF.—Bien; como gustéis.

LYKKE.—(*Para sí.*) ¡Ganar tiempo es ganarlo todo! Y entretanto, ¿no podemos saber qué parte quiere tomar la señora Inger en nuestra empresa?

LA SEÑORA INGER.—¿Yo? Ninguna.

LYKKE Y OLAF.—¡Ninguna!

LA SEÑORA INGER.—¿Os maravilla, nobles señores, que no me decida a entrar en un juego en el que se compromete todo? Además de que ninguno de mis aliados se confiaría completamente en mí.

LYKKE.—Ese reproche no me alcanza. Yo confío a ciegas en vos. Estad segura de ello. Os lo ruego.

OLAF.—¿Quién podría confiar en vos mejor que vuestros compatriotas?

LA SEÑORA INGER.—En verdad, señores..., esa confianza me honra. (*Abre un armario que hay en el fondo y llena dos copas de vino.*)

LYKKE.—(*Para sí.*) ¡Ay de mí si ahora se le ocurriera tirar del lazo!

LA SEÑORA INGER.—(*Ofreciendo una copa a cada uno.*) Y si ello es así bebed la bienvenida a Ostrot. ¡Bebed, nobles señores! ¡Bebed hasta la última gota! (*Después que han bebido los contempla alternativamente y dice*): Y ahora sabedlo: ¡una copa contenía la bienvenida para el aliado...; la otra, la muerte para el enemigo!

LYKKE.—(*Arrojando la copa.*) ¡Ah, me han envenenado!

OLAF.—(*Al mismo tiempo, echando mano a la espada.*) ¡Infierno y muerte! ¡Me habéis envenenado!

LA SEÑORA INGER.—(*A Olaf, sonriendo y señalando a Lykke.*) ¡Esa es la confianza que tienen los daneses en Inger Gyldenlöve! (*A Lykke, señalando a Olaf.*) ¡Y esa la fe de mis compatriotas en mí! (*A los dos.*) ¿Y a pesar de eso iba a entregarme a vosotros? ¡Poco a poco, mis nobles señores, poco a poco! La dueña de Ostrot conserva todavía sano su juicio.

(*Elina entra por la izquierda.*)

ELINA.—¿Qué ruido es ese? ¿Qué ocurre?

LA SEÑORA INGER.—(*A Lykke.*) Mi hija Elina.

LYKKE.—(*Para sí.*) ¡Elina! No me la hubiera figurado así. (*Elina ve a Lykke y queda sorprendida contemplándole.*)

LA SEÑORA INGER.—(*Tocándola en un brazo.*) Hija mía, este caballero es...

ELINA.—(*Hace ademán de apartar a su madre, y dice mirando fijamente a Lykke*): No es necesario. Ya veo quién es: Nils Lykke.

LYKKE.—(*En voz baja, a la señora Inger.*) ¿Cómo? ¿Me conoce? ¿Es que Lucía...? ¿Es que sabe acaso...?

LA SEÑORA INGER.—(*Del mismo modo.*) ¡Silencio! No sabe nada.

ELINA.—(*Para sí.*) Ya lo sabía yo. Así tenía que ser Nils Lykke.

LYKKE.—(*Acercándosele.*) Sí, Elina Gyldenlöve, habéis adivinado. Y puesto que en cierto modo me conocéis, y que además soy el huésped de vuestra madre, os rogaría que no me negarais el ramo de flores que lleváis en el pecho. Mientras siga siendo fresco y oloroso, poseeré algo así como un retrato vuestro.

ELINA.—(*Con altanería y mirándole sin cesar fijamente.*) Perdonad, señor caballero. Este ramo de flores lo he cogido con mis propias manos en mi habitación, y allí no crecen flores para vos.

LYKKE.—(*Quitándose unas flores que lleva en su jubón.*) ¡Oh, entonces no despreciaréis este pequeño don! Una virtuosa dama me lo dio hoy como despedida al marchar de Drontheim. Y notad, noble señora... Si tratara de haceros un regalo que fuera digno de vos, tendría que ser a lo menos una corona real.

ELINA.—(*Que ha cogido maquinalmente las flores.*) Aunque me ofrecierais la corona de Dinamarca..., antes de compartirla con vos la destrozaría con mis manos y os arrojaría los pedazos a los pies. (*Le arroja a los pies el ramo de flores y se va por la sala.*)

OLAF.—(*Murmurando.*) ¡Audaz..., como Inger Ottisdatter ante el cadáver de Knut Alfson!

LA SEÑORA INGER.—(*Para sí, después de haber contemplado alternativamente a Elina y a Lykke.*) ¡El lobo puede domarse!

LYKKE.—(*Recogiendo las flores y siguiendo apasionadamente con la vista a Elina.*) ¡Por la sangre de Cristo! ¡Qué hermosa y qué altanera es!

ACTO TERCERO

La sala de convites. En el fondo una gran ventana; en primer término, a la derecha, otra ventana más pequeña. A ambos lados varias puertas. El techo está sostenido por gruesas columnas de madera, en las cuales, lo mismo que en las paredes, cuelgan armas de todas clases. En las paredes hay también muchos retratos de santos, caballeros y damas. Una lámpara de muchos brazos cuelga del techo. En el primer término, a la derecha, un asiento de honor. En el centro del aposento una mesa puesta, con los restos del banquete.

ELINA.—(*Entra despacio y meditabunda por la izquierda. La expresión de su cara indica que vuelve a sentir la impresión de la escena anterior con Lykke. Hace un ademán como si arrojase otra vez el ramo de flores. Con voz contenida.*) Y luego reunió los pedazos esparcidos de la corona de Dinamarca...: eso eran las flores... y... «¡Por la sangre de Cristo! ¡Qué hermosa y qué altanera es!» ¡Si hubiera susurrado esas palabras en el más oculto rincón, a cien mil leguas de Ostrot..., las hubiese oído del mismo modo! ¡Cómo le odio! ¡Cómo le he odiado siempre a ese Nils Lykke! Las gentes dicen que ningún hombre es igual a él. Juega con las mujeres..., y las humilla a sus pies. ¡Y mi madre quería entregarme a él! ¡Cómo le odio! Dicen que Lykke es distinto de los demás hombres. ¡No es verdad! ¡No hay nada de extraordinario en él! ¡Hay muchos, muchos como él! Cuando Bjorn me contaba cuentos, todos los príncipes se parecían a Nils Lykke. Cuando yo estaba sola aquí en la sala y soñaba y mis caballeros iban y venían..., todos, todos eran como Nils Lykke. ¡Qué extraño y qué dulce es odiar! Nunca había sabido lo dulce que era hasta esta noche. ¡No, no cambiaría por mil años

de vida los momentos que he pasado desde que le vi! «¡Por la sangre de Cristo! ¡Qué hermosa...!» (*Camina lentamente hacia el fondo, abre la ventana y mira hacia afuera. Entra Lykke por la primera puerta de la derecha.*)

LYKKE.—(*Para sí.*) «¡Que durmáis bien en Ostrot!», dijo la señora Inger al marchar. ¡Dormir bien! Eso se dice pronto, pero... Allá afuera, el cielo y el mar alborotados. Abajo, en el sótano, Lucía en el sepulcro; la suerte de dos reinos en mis manos..., y en mi pecho un ramo de flores marchitas que una mujer me arrojó a los pies. En verdad, temo que el sueño tarde en aparecer. (*Elina abandona la ventana y se dispone a marcharse por la izquierda. Lykke la ve y dice*): Allí está. La altanera mirada parece pensativa. ¡Oh, si me atreviera!... (*En alta voz.*) ¡Señorita Elina!

ELINA.—(*Deteniéndose en la puerta.*) ¿Qué queréis? ¿Por qué me perseguís?

LYKKE.—Os equivocáis. No os persigo. Yo soy el perseguido.

ELINA.—¿Vos?

LYKKE.—Por muchos pensamientos. Por eso me pasa a mí con el sueño lo que con vos...: huye de mí.

ELINA.—Idos a la ventana. Allí podéis encontrar entretenimiento...; un mar tempestuoso...

LYKKE.—¿Un mar tempestuoso? Eso puedo hallarlo en vos.

ELINA.—¿En mí?

LYKKE.—Nuestra primera entrevista me ha dado la certeza de ello.

ELINA.—¿Y os quejáis por eso?

LYKKE.—No, de ningún modo; pero quisiera encontraros menos severa para conmigo.

ELINA.—(*Altanera.*) ¿Creéis que vais a lograrlo?

LYKKE.—Estoy seguro de ello, porque os traigo una nueva que os agradará.

ELINA.—¿Cuál?

LYKKE.—Mi despedida.

ELINA.—(*Dando un paso hacia él.*) ¿Vuestra despedida? ¿Os vais de Ostrot..., tan pronto?

LYKKE.—Antes de que esta noche termine.

ELINA.—(*Un momento está vacilante; luego, fríamente.*) ¡Entonces, recibid mi adiós, señor caballero! (*Se inclina y hace ademán de irse.*)

LYKKE.—Elina Gyldenlöve: no tengo derecho alguno a deteneros; pero no sería generoso de vuestra parte negaros a oír lo que tengo que deciros.

ELINA.—¡Os escucho, señor caballero!

LYKKE.—Ya sé que me odiáis.

ELINA.—Vuestra penetración no se ha debilitado, por lo que veo.

LYKKE.—Pero sé también que merezco plenamente ese odio. La manera como he hablado de vos en mi escrito a vuestra madre era inconveniente y ofensiva.

ELINA.—Es posible, pero yo no lo he leído.

LYKKE.—Pero, por lo menos, su contenido no lo desconocéis. Sé que vuestra madre os lo ha comunicado; por lo menos os ha dicho que yo consideraba feliz al hombre que... ¡Ya sabéis las esperanzas que alimentaba!...

ELINA.—Señor caballero, si pensáis hablar de eso...

LYKKE.—Pienso hablar de ello tan solo para disculpar mi conducta; por ningún otro motivo..., os lo juro. Si mi fama ha llegado antes que yo a Ostrot, y por desgracia, tengo razones para suponerlo, conoceréis bastante mi vida para no asombraros de que vaya con tanta osadía a mi objeto. ¡Durante mi vida me he encontrado ya con muchas mujeres, Elina Gyldenlöve! Invencible no he encontrado ninguna todavía. Con estos hábitos se vuelve uno un poco atrevido. Se pierde la costumbre de hacer rodeos...

ELINA.—Será posible. No sé de qué casta serían aquellas mujeres. Por lo demás, os equivocáis si creéis que es la carta a mi madre la que ha despertado en mi corazón odio y amargura contra vos. Tenía razones más antiguas.

LYKKE.—(*Intranquilo.*) ¿Razones más antiguas? ¿Qué queréis decir?

ELINA.—Como suponéis, vuestra fama ha llegado a Ostrot, como a todo el país. Cuando se pronuncia el nombre de Nils Lykke, va siempre acompañado del de una mujer a quien ha seducido y abandonado. Unos lo pronuncian con indignación, otros con una sonrisa y con burlas ligeras sobre la débil criatura engañada. Pero a través de la indignación, de las sonrisas, de las burlas, suena atronadora vuestra leyenda, incitando a la cólera, como el himno de victoria del enemigo. Todo esto ha producido mi odio contra vos. Vuestra imagen estaba incesantemente ante mí, y sentía como un ansia de encontrarme con vos frente a frente para haceros saber que hay mujeres con las cuales serían inútiles vuestros halagos..., caso de que quisierais emplearlos.

LYKKE.—Cometéis una injusticia si me juzgáis por lo que la fama os ha dicho de mí. Acaso sea verdad lo que habéis oído, pero la causa no la conocéis. A los diecisiete años comencé mi vida ligera y disipada. Mujeres fáciles me otorgaban lo que yo deseaba aun antes de que el deseo se tradujera en ruego, y lo que yo les ofrecía lo tomaban ellas con las manos abiertas. Vos sois la primera mujer que me arroja despectiva a los pies un regalo mío. No creáis que me quejo por ello, no; al contrario, os honro por eso como no he honrado nunca a ninguna mujer. Mas de lo que me quejo y lo que pesa sobre mí como un gran dolor del alma es que el destino no me haya hecho encontraros antes. ¡Elina Gyldenlöve! Vuestra madre me ha hablado de vos. Mientras fuera de aquí corría la vida su carrera desasosegada, andabais vos tranquila por esta soledad de Ostrot con vuestras fantasías y vuestros sueños. ¡Ved! Por eso podréis comprender lo que yo voy a deciros. ¡Sabed, pues, que yo he vivido también una vida como la vuestra! Pensaba yo que cuando saliese al mundo me encontraría con una mujer noble y generosa que me llamaría y me allanaría el camino que habría de conducirme a las acciones gloriosas. ¡La esperanza aquella me engañó, Elina Gyldenlöve! Muchas mujeres han salido a mi encuentro, pero ella no. Antes de haberme hecho hombre había aprendido a despreciarlas a todas. ¿Fue mía la culpa? ¿Por qué las demás no fueron como vos? Ya sé que la suerte de vuestra patria pesa sobre vuestra alma. Conocéis el influjo que sobre lo existente ejerce. Se dice que yo soy falso como la espuma del mar. Acaso; pero si es verdad, las mujeres son quienes me lo han enseñado a ser. Si hubiese encontrado antes lo que buscaba; si hubiese encontrado una mujer noble, altanera y generosa como vos, hubiera sido distinta mi vida. Quizás estaría en este momento a vuestro lado como defensor de los noruegos oprimidos. Pues

creo firmemente una cosa: una mujer es lo más poderoso que hay en el mundo, y en su mano está llevar al hombre allí donde el Señor quiere que vaya.

ELINA.—(*Para sí.*) Quizás sea como dice. No, no; en sus ojos brilla la mentira y la falsedad está en sus labios. Y sin embargo..., ninguna canción haría en mí el efecto que sus palabras.

LYKKE.—(*Acercándose, con voz queda y confiada.*) ¡Cuántas veces habréis estado aquí a solas con vuestros inquietos pensamientos! Vuestro corazón se sentía oprimido; el techo y las paredes se hundían y pesaban sobre vuestra alma. Entonces habéis mirado hacia afuera; hubierais querido volar a lo alto, sin saber vos misma adónde. ¡Cuántas veces habréis paseado solitaria por el *fjord*! Allá en lontananza cruzaba un bajel suntuoso; dentro de él iban damas y caballeros y sonaban música y cantos. Un rumor vago de grandes acciones llegaba a vuestros oídos, y sentíais que os apretaba el corazón una gran ansia, un impulso invencible que quería saber lo que al otro lado del mar había. Pero vos no habéis comprendido lo que ansiabais. A veces habéis pensado que era la suerte de vuestra patria la que os daba todos estos desasosegados pensamientos. Os engañabais a vos misma. A vuestros años, una doncella tiene otras cosas en que cavilar. ¡Elina Gyldenlöve! ¿No habéis creído nunca en una fuerza misteriosa, en un poder invencible y secreto que liga los destinos de los hombres? Cuando soñabais con la vida abigarrada de allá afuera, con torneos y fiestas suntuosas..., ¿no veíais un caballero que con la risa en los labios y la tristeza en el corazón estaba allí, en medio del bullicio...; un caballero que había soñado dulcemente con una mujer, como vos, noble y magnífica, a la cual buscaba en vano entre todas las que le rodeaban?

ELINA.—¿Quién sois vos, que sabéis vestir con palabras mis más íntimos pensamientos? ¿Cómo podéis saber lo que yo llevaba en lo más hondo de mi pecho, sin saberlo yo misma? ¿Por dónde sabéis...?

LYKKE.—Lo que os he dicho me lo han contado vuestros ojos.

ELINA.—Nunca me ha hablado un hombre como vos me habláis. Solo oscuramente os he entendido, y sin embargo, todo, todo me parece cambiado ahora. (*Para sí.*) Ahora comprendo por qué dicen que Nils Lykke es distinto de los demás.

LYKKE.— Hay una cosa en el mundo que puede trastornar al que sobre ella reflexiona, y es el pensar qué es lo que hubiera pasado si las cosas hubieran ido de esta o de la otra manera. Si os hubierais cruzado en mi camino cuando el árbol de mi vida era aún verde y frondoso, acaso en esta hora... ¡Mas perdonadme, noble doncella! Esta corta conversación me había hecho olvidar nuestra situación. Era como si desde el principio una voz secreta me dijese que podía hablar con vos abiertamente y sin disimulo.

ELINA.— Y podéis hacerlo.

LYKKE.— Bien...; y esa franqueza nos ha quizás reconciliado un poco. Acaso llegue el tiempo en que podáis pensar sin odio ni amargura en mí. ¡Pero, entendedme bien; no quiero decir ahora mismo..., sino más tarde! Y para hacéroslo menos difícil, y puesto que ya he comenzado a hablar con vos franca y honradamente, permitidme que os diga...

ELINA.— ¡Señor caballero!...

LYKKE.— (*Sonriendo.*) ¡Ah, veo que mi carta os asusta todavía! Pero estad tranquila. No sé lo que daría porque no estuviera escrita, pues... Bien; puesto que sé que no os causará gran dolor el oírlo, puedo decíroslo...: no os amo, no os amaré nunca. Estad, pues, segura; os lo repito. No intentaré jamás... (*Elina se muestra impresionada.*) Mas ¿qué os pasa?...

ELINA.— ¿A mí? ¡Nada, nada! Decidme solo una cosa. ¿Por qué lleváis todavía esas flores? ¿Qué pueden significar para vos?

LYKKE.— ¿Estas flores? ¿No son un guante de desafío, que vos, en nombre de todas las mujeres, habéis arrojado a Nils Lykke? ¿No debía recogerlo? ¿Preguntáis qué quiero con ellas? (*En tono quedo.*) Cuando yo vuelva a estar en Dinamarca entre mujeres hermosas, y suene música, y en la sala reine el silencio, entonces mostraré estas flores y contaré una leyenda de una doncella que vive sola en un castillo allá en la Noruega lejana... (*Se interrumpe y se inclina respetuosamente.*) Mas temo que he detenido demasiado tiempo a la hermosa hija de la casa. Ya no nos veremos más, pues antes de que amanezca me marcharé. Os ofrezco, pues, mi adiós.

ELINA.— Y yo os doy el mío, señor caballero.

(*Pausa corta.*)

LYKKE.—Parecéis preocupada otra vez, Elina Gyldenlöve. ¿Es que pensáis en la suerte de vuestra patria?

ELINA.—(*Moviendo negativamente la cabeza y mirando abstraída a lo lejos.*) ¿Mi patria? Yo no pienso en mi patria.

LYKKE.—¿Entonces es el tiempo con todas sus luchas y dolores lo que os angustia?

ELINA.—¿El tiempo? Ahora lo tengo olvidado... ¿Vais a Dinamarca? ¿No decíais eso?

LYKKE.—Voy a Dinamarca.

ELINA.—¿Puedo ver Dinamarca desde esta sala?

LYKKE.—(*Señalando a la ventana de la izquierda.*) Sí; desde aquella ventana. Allá, hacia el sur, está Dinamarca.

ELINA.—¿Y está muy lejos de aquí? ¿Más de mil millas?

LYKKE.—Mucho más lejos. Entre vos y Dinamarca está el mar.

ELINA.—(*Para sí.*) ¿El mar? El pensamiento vuela como una gaviota. El mar no basta para detenerlo. (*Se va por la izquierda.*)

LYKKE.—(*La sigue un rato con la vista y luego dice*): Si pudiera disponer de dos días..., o solo de uno, caería, como las otras, en mi poder. Esta niña es de un carácter original; es orgullosa. ¿Es que acaso debo decidirme? No; prefiero humillarla. (*Pasea por el aposento.*) ¿No puedo creer que haya puesto en ardor mi sangre! ¿Quién lo hubiera tenido por posible?... ¿Pero fuera con ello! ¿Tengo que salir de todo este embrollo, en el que me he perdido! (*Se sienta en una silla, a la derecha.*) ¿Cómo he de explicármelo? Lo mismo Olaf Skaktval que la señora Inger parecen ciegos para la sorpresa que se produciría al saberse que yo estoy en alianza con ellos. ¿O habrá penetrado la señora Inger mis intenciones? ¿Habrá comprendido que todas mis promesas no tendrían más que a sacar a Nils Sture del agujero en que está escondido? (*Dando un salto.*) ¡Voto a...! ¿Es que soy yo el engañado? Es muy verosímil que el conde Sture no esté en Ostrot. Es posible que a estas horas esté tranquilamente entre sus amigos en Suecia, mientras yo... Acaso su fuga no ha sido más que un ardid de guerra. (*Vuelve a pasear, desasosegado, arriba y abajo.*) ¡Por qué habré tenido tanta confianza en mí mismo! ¡Y si la señora Inger penetra mis intenciones... y divulga lo ocurri-

do!... ¡Burlado y escarnecido así aquí como en Dinamarca! ¡Querer atraer a la señora Inger a la celada..., y luego trabajar por su causa, elevar su prestigio a los ojos del pueblo!... ¡Ah, estaría dispuesto a tratar con el mismo demonio si me ayudase a poner la mano sobre el conde Sture!

(Se abre la ventana del fondo. Nils Stenson aparece en ella.)

LYKKE.—*(Echando mano a la espada.)* ¿Quién va?

STENSON.—¡Ajá! ¡Por fin estoy aquí!

LYKKE.—*(Para sí.)* ¿Qué quiere decir esto?

STENSON.—¡La paz de Dios sea con vos, señor!

LYKKE.—Gracias. Pero os aseguro que habéis escogido un modo de entrar algo desusado, caballero.

STENSON.—¿Y qué diablos iba a hacer? La puerta estaba cerrada. Aquí en el palacio parece que duermen las gentes como el oso en el invierno.

LYKKE.—¡Gracias sean dadas a Dios! Una conciencia limpia es una almohada blanda, como sabéis.

STENSON.—Sí; así debe ser; porque por más que he llamado y llamado...

LYKKE.—¿No os han abierto?

STENSON.—Claro está que no. De modo que yo me dije: Puesto que tienes que estar esta noche en Ostrot, aunque tengas que pasar por agua y fuego, puedes entrar también por la ventana.

LYKKE.—*(Para sí.)* ¡Ah!, si este... *(Dando unos pasos hacia él.)* ¿Os importa mucho, pues, estar precisamente esta noche en Ostrot?

STENSON.—¿Si me importa mucho? Digo, me parece que sí. A mí no me gusta hacer que me esperen.

LYKKE.—¡Ah! ¿De modo que os espera la señora Inger Gyldenlöve?

STENSON.—¿La señora Inger Gyldenlöve? Ved: a eso no puedo contestar abiertamente. *(Con una sonrisa maliciosa.)* Pero acaso hay aquí algún otro que...

LYKKE.—(*Sonriendo también.*) ¡Ajá! ¿De modo que acaso hay aquí algún otro...?

STENSON.—Decidme: ¿sois vos de la casa?

LYKKE.—¿Yo? Sí, en tanto que soy desde esta noche huésped de la señora Inger.

STENSON.—¿Ah, sí? Me parece que esta es la tercera noche después de la fiesta de San Martín.

LYKKE.—¿La tercera noche después...? Sí, sin duda tenéis razón... ¿Deseáis acaso ser conducido inmediatamente a la presencia de la señora de la casa? Por lo que yo puedo suponer, no se ha acostado todavía. ¿Mas no quisierais sentaros y descansar, joven amigo? Ved: aquí ha quedado una jarra de vino. Algo de comer podríamos encontrarlo todavía. Quizás un refuerzo os vendría bien.

STENSON.—Tenéis razón; no me vendría mal. (*Se sienta a la mesa y durante lo que sigue come y bebe.*) ¡Asados y pasteles dulces! ¡Lleváis una vida deliciosa! Cuando se ha dormido, como yo, sobre la tierra fría y se ha vivido de agua y pan durante cuatro, cinco días, como yo...

LYKKE.—(*Le mira sonriendo.*) Sí, eso debe ser difícil para quien está acostumbrado a sentarse en el sitio de honor de la sala condal.

STENSON.—¿De la sala condal?

LYKKE.—Mas aquí en Ostrot podréis descansar todo el tiempo que gustéis.

STENSON.—¿Puedo hacerlo de veras? ¿No tendré que marcharme enseguida?

LYKKE.—No lo sé. Eso lo debéis saber vos mejor que nadie.

STENSON.—(*Para sí.*) ¡Voto a...! (*Reclinándose cómodamente en la silla.*) ¡Hum!... La cosa no está completamente decidida aún. Por mi parte, yo no tendría ningún inconveniente en quedarme aquí; pero...

LYKKE.—¿Pero no dependéis de vos mismo? ¿Tenéis encargos y comisiones?...

STENSON.—Sí, esa es precisamente la dificultad. Si de mí dependiese, sin duda que descansaría en Ostrot todo el invierno. La mayor parte del tiempo he estado en pie de guerra, y por eso... (*Se interrumpe de pronto, se echa vino y bebe.*) ¡A vuestra salud, caballero!

LYKKE.—¿En pie de guerra? ¡Hum!

STENSON.—No; lo que yo quería decir era esto: hace tiempo que ansiaba ver a la señora Inger, de quien tanto se habla. Debe ser una mujer admirable, ¿verdad? Lo único que me desagrada es que le cuesta tanto trabajo decidirse...

LYKKE.—¿Decidirse?

STENSON.—Ya me comprendéis. Quiero decir que hace de mala gana algo para expulsar del reino a los extranjeros.

LYKKE.—Sí, en eso tenéis razón. Ahora debéis hacer cuanto podáis; quizás podáis lograrlo.

STENSON.—¿Yo? ¡Dios me valga! ¡De mucho serviría que yo...!

LYKKE.—Entonces, si no tenéis esperanza, es extraño que vengáis en busca de la señora Inger.

STENSON.—¿Qué queréis decir con eso? Oíd: ¿conocéis a la señora Inger?

LYKKE.—Naturalmente, puesto que soy su huésped...

STENSON.—Eso no quiere decir que la conozcáis. También yo soy su huésped y no he visto nunca ni su sombra.

LYKKE.—Sin embargo, podéis hablar...

STENSON.—¿De lo que todo el mundo sabe? Sí, eso claro está. Además le he oído con frecuencia al canciller... (*Se para confundido y comienza a comer con furia.*)

LYKKE.—¿Qué es lo que queráis decir?

STENSON.—¿Yo? (*Comiendo.*) No, nada; nada importante. (*Lykke se ríe.*) ¿De qué os reís?

LYKKE.—De nada, caballero.

STENSON.—(*Bebiendo.*) Aquí bebéis un vino fuerte.

LYKKE.—(*Acercándose a él y en tono de confianza.*) Oíd... ¿No será ya tiempo de arrojar la máscara?

STENSON.—¿La máscara? Podéis conservarla todo el tiempo que queráis.

LYKKE.—¡Dejad todo disimulo aparte! ¡Os he reconocido, conde Sture!

STENSON.—(*Riéndose a carcajadas.*) ¿Conde Sture? ¿Creéis que soy el conde Sture? (*Poniéndose en pie.*) ¡Os equivocáis, caballero; yo no soy el conde Sture!

LYKKE.—¿De veras? ¿Quién sois vos, entonces?

STENSON.—Me llamo Nils Stenson.

LYKKE.—(*Le contempla sonriendo.*) ¡Nils Stenson¹! ¿Y no sois Nils, el hijo de Sten Sture? Por lo menos el nombre es el mismo.

STENSON.—Es verdad; pero Dios sabe con qué derecho lo traigo. A mi padre no le he conocido; mi madre era una pobre campesina que en una de las guerras pasadas fue saqueada y asesinada. Casualmente el canciller Pedro andaba entonces por las cercanías. Me tomó a su cargo, me educó y me enseñó la profesión de las armas. Como sabéis, el rey Gustavo le persiguió durante muchos años, y yo le seguí fielmente dondequiera que fue.

LYKKE.—Parece que el canciller os ha enseñado algo más que la profesión de las armas. Bien. ¿De modo que no sois Nils Sture? Pero venís de Suecia, y el canciller os envía a un hombre que...

STENSON.—(*Haciendo un gesto malicioso.*) Que ya ha parecido.

LYKKE.—(*Vacilando un poco.*) ¿Y al cual no conocéis?

STENSON.—Del mismo modo que vos no me conocéis a mí; pues, ¡os lo juro por Dios!, yo no soy el conde Sture.

LYKKE.—¿Lo decís en serio?

STENSON.—¡Por mi vida lo juro! ¿Y por qué iba a negarlo si así fuese?

LYKKE.—Pero entonces, ¿dónde está el conde Sture?

STENSON.—(*A media voz.*) Ese es precisamente el secreto.

LYKKE.—(*En tono quedo.*) ¿Que vos conocéis? ¿No es eso?

STENSON.—Y que tengo que comunicaros.

LYKKE.—¿A mí? Bien, adelante. ¿Dónde está? (*Stenson señala hacia arriba.*) ¿Allá arriba? ¿La señora Inger le ha escondido en el desván?

STENSON.—No acabáis de entenderme. (*Mira, precavido, a su alrededor.*) Nils Sture está en el cielo.

LYKKE.—¡Muerto! ¿Dónde?

STENSON.—En el regazo de su madre..., ya hace tres semanas.

LYKKE.—¡Oh, me engañáis! Hace cinco o seis días que entró en Noruega por la frontera.

STENSON.—Ese era yo.

LYKKE.—Pero poco tiempo antes se había mostrado en Dalekarlia el joven conde. El pueblo, que estaba ya intranquilo, se proclamó en abierta rebelión, y quería hacerlo rey.

STENSON.—¡Ja, ja, ja! ¡Todo eso lo hice yo!

LYKKE.—¡Vos!

STENSON.—Ahora vais a saber cómo ocurrieron las cosas. Un día me llamó el canciller y me confió que se preparaban grandes acontecimientos. Me pidió que fuera a Ostrot, en Noruega, donde tenía que estar para un día determinado...

LYKKE.—La tercera noche después de la fiesta de San Martín.

STENSON.—Allí encontraría un amigo...

LYKKE.—Perfectamente. Ese amigo soy yo.

STENSON.—Por él sabría lo que tenía que hacer en adelante. Tenía que comunicarle que el conde había muerto repentinamente, pero que no lo sabía nadie más que la madre, él, el canciller y algunos viejos servidores de la familia Sture.

LYKKE.—Comprendo. El conde era la cabeza de los campesinos. En cuanto se sepa su muerte se disuelven, y la cosa está perdida.

STENSON.—Quizás. Yo no estoy tan al tanto de esas cosas.

LYKKE.—Pero ¿cómo pudo ocurrírseos haceros pasar por el conde?

STENSON.—¿Cómo pudo ocurrírseme? ¡Eso no lo sé! Ya se me han ocurrido varias locuras en la vida. Además, no fue invención mía, pues adondequiera que en Dalekarlia llegaba, la gente se congregaba a mi alrededor, y me saludaban llamándome conde Sture. Cuanto yo para sacarlos de su error pude decirles, fue inútil. Hacía dos años que el conde había estado allí, y hasta los niños pequeños me reconocían. Bien, me dije, sea. Conde no lo has de ser en toda tu vida; puesto que tienes ocasión, prueba una vez lo que es eso.

LYKKE.—¿Y qué hicisteis luego?

STENSON.—¿Yo? Comía y bebía y dejaba hacer. La lástima es que haya tenido que marcharme tan pronto de allí. Al pasar la frontera..., ¡ja, ja, ja!..., les prometí que pronto volvería con cuatro o cinco mil hombres..., o con los que fuesen, y entonces comenzaría de veras la cosa.

LYKKE.—¿Y no comprendíais que obrabais imprudentemente?

STENSON.—Sí; después se me ocurrió, pero ya era tarde.

LYKKE.—Lo siento por vos, mi joven amigo, porque ya notaréis pronto las consecuencias de vuestra imprudencia. Puedo deciros que estáis perseguido. Una sección de caballería sueca os va a los alcances.

STENSON.—¿A los alcances a mí? ¡Ja, ja, ja! ¡Pero eso es admirable! ¡Y cuando lleguen y crean que han echado la zarpa sobre el conde Sture!... ¡Ja, ja, ja!

LYKKE.—(*Serio.*) Entonces habrá terminado vuestra vida.

STENSON.—¡Mi...! ¡Pero yo no soy el conde Sture!

LYKKE.—Sí; pero habéis excitado al pueblo a tomar las armas. Habéis hecho promesas a los rebeldes y habéis introducido la intranquilidad en el país.

STENSON.—Pero todo eso no era más que una broma.

LYKKE.—El rey Gustavo ha de ver la cosa de otra manera.

STENSON.—Sí, es verdad. Hay algo de cierto en lo que decís. ¡Pero cómo he podido ser tan loco! Bien, ya me libraré de algún modo. Vos me

protegeréis, y además los soldados no están todavía encima.

LYKKE.—¿Qué otra cosa tenéis que comunicarme?

STENSON.—¿Yo? Nada. No me falta más que entregaros el paquete...

LYKKE.—(*Sin pensar.*) ¿El paquete?

STENSON.—Claro; ya lo sabéis...

LYKKE.—¡Ah, sí, los papeles del canciller!...

STENSON.—Tened; aquí están todos. (*Le da un paquete que ha sacado del jubón.*)

LYKKE.—(*Para sí.*) ¡Cartas y pergaminos para Olaf Skaktval! (*A Stenson.*) Como veis, el paquete viene abierto. ¿Es que conocéis el contenido?

STENSON.—No; no me gusta leer cosas escritas; no hay para qué.

LYKKE.—Comprendo; os dedicáis con preferencia al ejercicio de las armas. (*Se sienta en la mesa a la derecha y recorre los papeles.*) ¡Ajá! Son datos más que suficientes para comprender lo que hay detrás de ellos. Esta cartita, con un cordón de seda. (*Mira la dirección.*) También para Olaf Skaktval. (*Abre la carta y la lee rápidamente.*) Del canciller Pedro. Esto podía suponérmelo. (*Murmurando.*) «Estoy en un gran aprieto, pues...» Perfectamente; aquí dice: «El conde Sture ha muerto precisamente en el momento en que el movimiento había de comenzar...; pero todavía puede arreglarse todo». ¿Pero qué puede ser esto? (*Sigue leyendo con afán.*) «Habéis de saber, señor Olaf Skaktval, que el joven que os entregue esta carta es un hijo de...» ¡Dios de los cielos! ¿Dice eso, en efecto? ¡Sí, eso dice! (*Arrojando una mirada a Stenson.*) ¿De modo que él sería...? ¡Ah, si así fuera! (*Sigue leyendo.*) «Lo he criado desde que tenía un año; pero hasta hoy me he negado a devolverlo, porque creía tener en él una garantía de la seguridad, de la fidelidad de la señora Inger Gyldenlöve a nosotros y a nuestros amigos. Mas para ese objeto, de poco nos ha servido. Os maravillaréis acaso de que no os hubiera confiado este secreto cuando hace poco estuvisteis a verme; pero quiero confesaros francamente que temía quisierais conservarlo en vuestro poder con el mismo objeto que yo. Mas ahora que habréis visto a la señora Inger y os habréis persuadido de lo poco dispuesta que está a apoyarnos, comprenderéis que lo más prudente es devolverle lo que es suyo. Acaso sea posible que la alegría y la gratitud la..., esta es nuestra última es-

peranza». (*Queda un rato como anonadado por la impresión; de pronto dice para sí*): ¡Pero esta carta vale más que oro!

STENSON.—Parece que las nuevas que os he traído son importantes. ¡Oh!, el canciller es hombre listo.

LYKKE.—(*Para sí.*) Y ahora, ¿qué hago yo con todo esto? Tengo mil caminos en que escoger... ¿Si me...? No; esto sería demasiado aventurado. Pero si... ¡Ah, si yo...! ¡Hay que intentarlo! (*Rasga la carta y guarda los pedazos en el jubón. Coloca los demás papeles en el paquete, los mete en el cinturón, se pone en pie y dice*): ¡Una palabra todavía, amigo mío!

STENSON.—(*Acercándose.*) Qué, ¿parece que el juego tiene buen aspecto?

LYKKE.—Sí; eso parece. No me habéis puesto más que figuras en la mano...

STENSON.—¿Pero yo, que tan buenas noticias os he traído, no tengo nada más que hacer?

LYKKE.—¿Vos? Al contrario. Vos entráis también en el juego. Vos sois rey y triunfo, además.

STENSON.—¿Yo? ¡Ah! Ya os entiendo. Os referís a la elevación...

LYKKE.—¿Qué elevación?

STENSON.—Me habéis profetizado que si el rey Gustavo llega a cogerme... (*Indica con un gesto que le van a ahorcar.*)

LYKKE.—Eso es verdad. Pero dejad de pensar en ello. De vos depende el tener, antes de terminar el mes, o una cuerda de cáñamo o un collar de oro al cuello.

STENSON.—¡Un collar de oro! ¿Y eso depende de mí? (*Lykke hace un signo afirmativo.*) ¡Oh, eso sería cosa de pensarlo! Pero decidme qué es lo que tengo que hacer.

LYKKE.—Voy a hacerlo. Mas primero juradme solemnemente que no comunicaréis a nadie en el mundo el secreto que os voy a revelar.

STENSON.—¿Nada más? Os prestaré diez juramentos, si queréis.

LYKKE.—¡Hablad con seriedad, caballero! Yo no gasto ninguna broma con vos.

STENSON.—Bien, bien. Ya estoy serio.

LYKKE.—En Dalekarlia os decían que erais el hijo de un conde, ¿no es verdad?

STENSON.—¿Volvéis ya a hablar de eso? Os he rogado encarecidamente...

LYKKE.—No me entendéis. Lo que allí oísteis era verdad.

STENSON.—¡Verdad! ¿Qué queréis decir? Explicadme cómo...

LYKKE.—Antes el juramento. ¡El más solemne y sagrado que sepáis!

STENSON.—Lo prestaré. Allí, en el muro, hay una estampa de la Virgen María...

LYKKE.—La Virgen María ha perdido mucho prestigio en estos últimos tiempos. ¿No habéis oído hablar de lo que dice el monje de Wittemberg?

STENSON.—¡Uf! ¡Cómo podéis hablar del monje de Wittemberg! El canciller dice que es un hereje.

LYKKE.—Bien; no discutamos sobre eso. Voy a mostraros un santo sobre el cual podéis jurar. (*Le muestra un retrato que está en una de las columnas.*) Venid y prometedme el silencio hasta que yo mismo liberte vuestra lengua. ¡Silencio, por vuestra salvación y por la del que está aquí en el retrato!

STENSON.—(*Acercándose al cuadro.*) Lo juro, y si no cumpliera mi juramento, que Dios me abandone. (*Retrocede espantado.*) ¡Pero salvador mío!...

LYKKE.—¿Qué os pasa?

STENSON.—Ese retrato..., ¡soy yo mismo!

LYKKE.—Es el viejo conde Sture, tal como era en su juventud.

STENSON.—¡Sten Sture! ¡Y la semejanza!... ¡Y... he dicho la verdad al decir que era hijo de un conde! ¿Decíais...? ¿No es verdad?

LYKKE.—Es verdad.

STENSON.—Entonces ya lo sé, ya lo sé. Yo soy...

LYKKE.—¡Vos sois el hijo de Sten Sture, caballero!

STENSON.—(*Anonadado por la sorpresa.*) ¡Yo el hijo de Sten Sture!

LYKKE.—Y también por el lado materno sois de noble origen. El canciller mentía al decir que vuestra madre había sido una humilde campesina.

STENSON.—¡Es maravilloso, increíble! ¿Pero puedo pensar realmente...?

LYKKE.—Podéis creer cuanto yo os digo. Pero tened en cuenta que irá en vuestro propio daño si olvidáis lo que por la salvación de vuestro padre jurasteis.

STENSON.—¿Olvidar eso? ¡Oh, no! ¡Estad seguro de que no lo olvidaré nunca! Pero vos, a quien he dado mi palabra, decidme: ¿quién sois vos?

LYKKE.—Me llamo Nils Lykke.

STENSON.—(*Sorprendido.*) ¡Nils Lykke! ¿Pero no seréis el consejero imperial danés?

LYKKE.—El mismo.

STENSON.—Y vos sois quien... ¡Qué cosa más extraña! ¿Cómo es posible que...?

LYKKE.—¿Que reciba una embajada del canciller? ¿Eso es lo que os asombra?

STENSON.—Sí, no quiero negarlo. Siempre ha hablado de vos como de su enemigo más acérrimo.

LYKKE.—¿Y por eso desconfiáis de mí?

STENSON.—No, no precisamente por eso; pero... ¡Y bien; que el diablo se lleve todas las cavilaciones!

LYKKE.—Tenéis razón. Tenéis tan segura la cuerda de cáñamo si seguís vuestras propias inspiraciones, como el título de conde y el collar de oro si os abandonáis a mí.

STENSON.—¡En todo y sin vacilar! ¡Mi mano en prenda de ello! Aconsejadme mientras sea necesario. Cuando haya que pelear, ya sabré yo

ayudarme.

LYKKE.— Bien. Seguidme a la habitación; allí os lo explicaré todo y os diré lo que tenéis que hacer. (*Sale por la derecha.*)

STENSON.—(*Dirigiendo una mirada al retrato.*) ¡Yo el hijo de Sten Sture! ¡Es maravilloso como un sueño! (*Sigue a Lykke.*)

1. Quiere decir el hijo (*son*) de Sten.

ACTO CUARTO

La sala de convites, como en el acto anterior. La mesa ha desaparecido. El ayuda de cámara Bjorn va alumbrando con un candelabro a la señora Inger Gyldenlöve y a Olaf Skaktval. Entran por la segunda puerta de la izquierda. La señora Inger trae algunos papeles en la mano.

LA SEÑORA INGER.—¿Y estás seguro de que mi hija habló aquí con el caballero?

BJORN.—*(Dejando el candelabro sobre la mesa de la izquierda.)* Completamente seguro; precisamente la encontré cuando entraba en aquel pasillo.

LA SEÑORA INGER.—Y parecía muy excitada, ¿no es verdad?

BJORN.—Estaba muy pálida y muy desmayada. Yo la pregunté si estaba enferma, y en vez de contestar a mi pregunta, me dijo: «Ve a ver a mi madre y dile que el caballero piensa salir de aquí antes de que amanezca el día. Si tiene que darle cartas o alguna otra comisión, ruégala que no le produzca ninguna detención innecesaria». Y seguidamente añadió algo que yo no pude percibir claramente.

LA SEÑORA INGER.—¿Es que no has entendido nada?

BJORN.—Sonaba algo así como si dijese: «Casi me parece que ya ha estado demasiado tiempo en Ostrot».

LA SEÑORA INGER.—Y el caballero, ¿dónde está?

BJORN.—Supongo que en su aposento, en el ala de la torre.

LA SEÑORA INGER.—Bien. Tengo ya preparado lo que he de darle. Ve y dile que le aguardo aquí, en la sala.

(Bjorn sale por la derecha.)

OLAF.—Quisiera deciros, señora... Yo soy, es verdad, ciego como un topo en esas cosas...; pero me parece que... ¡hum!

LA SEÑORA INGER.—¿Qué queréis decir?

OLAF.—Que a Nils Lykke le agrada vuestra hija.

LA SEÑORA INGER.—Pues no sois tan ciego como decís: o yo me equivoco mucho, o tenéis razón completa. ¿No habéis notado con qué curiosidad escuchaba durante la cena cuanto yo de Elina contaba?

OLAF.—Se olvidaba de comer y de beber.

LA SEÑORA INGER.—Y de nuestros asuntos también.

OLAF.—Y hasta de los papeles del canciller.

LA SEÑORA INGER.—¿Y de todo eso deducís...?

OLAF.—Y de todo eso deduzco que vos, que conocéis a Nils Lykke y sabéis la fama que tratándose de mujeres tiene...

LA SEÑORA INGER.—¿Debo sentirme dichosa cuando se haya marchado?

OLAF.—Sí, y cuanto antes mejor.

LA SEÑORA INGER.—*(Sonriendo.)* ¿Y si os dijera que era al contrario, Olaf Skaktval?

OLAF.—¿Qué queréis decir?

LA SEÑORA INGER.—Si es verdad lo que nosotros creemos, por nada del mundo debe abandonar Nils Lykke todavía a Ostrot.

OLAF.—*(Mirándola con aire de desaprobación.)* ¿Emprendéis otra vez caminos tortuosos, señora Inger? ¿Qué es lo que pretendéis? ¿Hay aquí algo que pueda aumentar en daño nuestro vuestro poder y...?

LA SEÑORA INGER.—¡Oh, esa limitación que os hace a todos tan injustos contra mí! Veo en vuestro rostro que pensáis que yo trato de hacer de Nils Lykke el marido de mi hija. Si eso buscara... ¿Por qué había de negar-

me a prestar mi concurso a las cosas que en Suecia se preparan y que parecen apoyadas por Lykke y por los daneses?

OLAF.—Pero si no pretendéis ganar a Nils Lykke y atraerlo a vos, ¿qué es lo que pensáis?

LA SEÑORA INGER.—Quiero explicároslo en pocas palabras. En una carta que me dirigió, decía Nils Lykke que consideraría como una dicha poder entrar en nuestra familia, y debo confesar que en un momento pensé en la posibilidad de que su deseo se realizase.

OLAF.—Ya veis, pues, que...

LA SEÑORA INGER.—La alianza de mi familia con Nils Lykke era un medio de hacer cesar muchas enemistades en el país.

OLAF.—Yo pienso que la unión de vuestra hija Merete con Vinzent Lungen ha debido convenceros de lo que con tales medios se consigue. Apenas Lungen había asentado entre nosotros, y ya se arrogaba derechos y privilegios...

LA SEÑORA INGER.—¡Demasiado sé eso, Olaf Skaktval!; mas a veces pasan por mi ánimo diversos pensamientos. Por entero no puedo confiároslos ni a vos ni a otro alguno. A menudo no sé qué es lo que debo hacer. Sin embargo..., elegir a un danés por segunda vez para marido de una hija mía..., ese es un recurso por el que solo una necesidad extrema podría hacerme decidirme. Y, gracias sean dadas al Cielo, a tales extremos no he llegado todavía.

OLAF.—Ahora no lo entiendo mejor que antes, señora. ¿Por qué queréis retener a Nils Lykke en Ostrot?

LA SEÑORA INGER.—(*Con voz contenida.*) Porque tengo un resentimiento secreto contra él. Nils Lykke me ha ofendido como nadie lo ha hecho. No puedo deciros lo que fue. Mas no tendré sosiego hasta que me haya vengado de él. ¿No me entendéis? Suponed que a Nils Lykke le agradara mi hija. Me parece que esto no es inverosímil. Quiero incitarle a que se quede aquí. Debe conocer más de cerca a Elina. Es hermosa e inteligente a un tiempo... ¡Ah, si un día con el corazón lleno de ardiente amor viniese a pedírmela!... Expulsarle como a un perro. Expulsarle con burla, con desprecio. ¡Hacer que el reino entero supiese que Nils Lykke había sido rechazado

en Ostrot!... ¡Os aseguro que daría diez años de mi vida por que llegase un día tal!

OLAF.—¡Con la mano sobre el corazón, señora Inger! ¿Es esa vuestra intención para con él?

LA SEÑORA INGER.—¡Eso y solo eso! ¡Por Dios lo puedo jurar! Podéis creérmelo, Olaf Skaktval; yo procedo honradamente con mis compatriotas. ¡Pero soy tan poco dueña de mis actos! Hay ciertas cosas que deben permanecer secretas, si es que no he de ser herida de muerte. Mas si algún día estuviese segura de *aquella* parte, veríais si había olvidado el juramento que ante el cadáver de Knut Alfson presté.

OLAF.—(*Estrechando su mano.*) ¡Gracias por vuestras palabras! Me dolería tener que pensar mal de vos. Ahora, que en vuestro proyecto con el caballero me parece que emprendéis un juego arriesgado... ¿Si os hubieseis equivocado?... ¿Si vuestra hija...? Porque se dice que no hay mujer que pueda resistir a los halagos de ese demonio.

LA SEÑORA INGER.—¿Mi hija? ¿Creéis que podría...? No, estad tranquilo; conozco bien a Elina. Cuanto ha oído en su alabanza no ha servido más que para acrecer su odio hacia él. Vos mismo habéis visto...

OLAF.—Sí, sí... Pero ánimo femenino es un cimiento inseguro. Y debíais obrar con precaución.

LA SEÑORA INGER.—Eso sí lo haré. Tendré sobre ellos un ojo vigilante. Mas si a pesar de eso lograra prenderla en sus redes, me bastará susurrar una sola palabra al oído de mi hija para que ella...

OLAF.—Para que ella...

LA SEÑORA INGER.—Huya de él como un enviado del diablo. Silencio, Olaf Skaktval. Ahí está él. Tened prudencia.

(*Lykke entra por la puerta de la derecha.*)

LYKKE.—(*Se dirige cortésmente a la señora Inger.*) Noble señora, me habéis mandado llamar...

LA SEÑORA INGER.—He sabido por mi hija que pensabais abandonarnos esta misma noche.

LYKKE.—¡Por desgracia! Mi misión en Ostrot ha terminado.

OLAF.—No, mientras yo no haya recibido los papeles.

LYKKE.—Perfectamente. A poco olvido lo más importante de mi misión. Pero ello es culpa de la señora de la casa. Durante la comida supo entretener tan agradablemente a sus huéspedes...

LA SEÑORA INGER.—Que olvidasteis lo que os había traído aquí. Me alegro en el alma, porque precisamente esa era mi intención. Pensé que si mi huésped Nils Lykke se encuentra realmente bien en Ostrot, tendrá que...

LYKKE.—¿Qué, ilustre señora?

LA SEÑORA INGER.—Ante todo, olvidar su comisión... y cuanto ha ocurrido antes de su venida.

LYKKE.—(*A Olaf, sacando el paquete y entregándoselo.*) Las cartas del canciller. En ellas encontraréis todas las explicaciones necesarias sobre nuestros partidarios en Suecia.

OLAF.—Está bien. (*Se sienta en la mesa de la izquierda, abre el paquete y recorre los papeles.*)

LYKKE.—Y ahora, señora Inger Gyldenlöve, no sé de nada más que tenga aquí que hacer.

LA SEÑORA INGER.—En cuanto a los asuntos públicos que nos han juntado, puede ser que tengáis razón. Y sin embargo, solo de mala gana lo creería.

LYKKE.—¿Pensáis...?

LA SEÑORA INGER.—Pienso que Nils Lykke, no solo como consejero imperial danés o como aliado del canciller, es huésped mío. ¿Me equivocaría si me figurase que allá en Dinamarca habéis oído varias cosas sobre la señora de Ostrot, que os han puesto en curiosidad de conocerla?

LYKKE.—Lejos de mi intención el negarlo.

OLAF.—(*Hojeando los papeles.*) ¡Es extraño! No hay ninguna carta.

LYKKE.—La fama de la señora Inger Gyldenlöve está demasiado extendida para que yo no ansiara desde hace tiempo conocerla personalmente.

LA SEÑORA INGER.—Ya lo pensaba yo. ¿Pero es que para eso basta hablar una hora durante una cena? Vamos a intentar borrar lo que entre no-

sotros ha pasado. Quizás sea posible que el Nils Lykke a quien conozco pueda tender un velo sobre mi odio al Nils Lykke que no conocía. ¡Demorad por unos días vuestra partida, señor consejero imperial! A Olaf Skaktval no me atrevo a rogárselo. Tiene una comisión secreta para Suecia. Mas por lo que toca a vos, de seguro habréis arreglado las cosas de modo que vuestra presencia no fuese necesaria. Creedme; el tiempo no ha de hacerseos largo entre nosotras. Por lo menos mi hija y yo haremos cuanto nos sea posible para que os sea agradable la estancia.

LYKKE.—No dudo ni de vuestra buena voluntad para conmigo, ni de la de vuestra hija tampoco. De ella he recibido pruebas bastantes. Si a pesar de eso os digo que no puedo prolongar mi estancia en Ostrot, comprenderéis que soy absolutamente necesario en otra parte.

LA SEÑORA INGER.—Bien. ¿Sabéis, señor consejero, que si yo fuera mal pensada podría creer que habéis venido a Ostrot para sostener una lucha conmigo? Parece que en el combate no os ha ido bien, y por eso no os agrada permanecer en el campo de batalla y ante los testigos de vuestra derrota.

LYKKE.—(*Sonriendo.*) Para una explicación semejante habría más de un fundamento. Pero lo cierto es que yo no doy de ningún modo la batalla por perdida.

LA SEÑORA INGER.—Razón de más. Si os quedáis aquí unos días, aún podéis acaso recuperar lo perdido. Ya veis cómo yo misma estoy vacilante en mis posiciones, sin atreverme a atacar de frente...; cómo pienso mis ataques para no exponerme a tener que dejaros el campo. Ahora hablemos francamente. Las cosas están así. Vuestra alianza con los descontentos suecos me parece un poco..., ¿cómo he de decirlo?, un poco extraña. Os lo digo sin rodeos, querido señor. El pensamiento que ha inducido al Consejo del rey a dar ese paso me parece muy justo. Pero está en contradicción con toda la conducta de nuestros compatriotas en los pasados años. No debe ofenderos, por tanto, si pido, para confiar en vuestras bellas promesas, garantías mayores antes de poner en vuestras manos bienestar y hacienda.

LYKKE.—Para ese objeto no serviría de nada mi estancia en Ostrot, pues no pienso hacer más tentativas para cambiar vuestra resolución.

LA SEÑORA INGER.—Entonces os compadezco de todo corazón. Sí, señor consejero imperial; es verdad que no soy más que una viuda indefensa. Pero debéis creer mis palabras si os digo que han de crecer espinas de vuestro paso por Ostrot.

LYKKE.—(*Sonriendo.*) ¿Eso me profetizáis, señora?

LA SEÑORA INGER.—¡Ciertamente! ¿Qué va a decirse, noble señor? ¡Las gentes murmuran hoy de tan buen grado!... Más de una canción burlesca sobre vos sonará. Antes de un año estaréis en lenguas del pueblo. Las gentes se pararán a vuestro paso, se quedarán contemplándoos y dirán: Ved, ved. Ahí pasa el señor Nils Lykke, que fue a Ostrot a coger a la señora Inger Gyldenlöve, y allí resultó preso en sus propios lazos. (*Lykke hace un gesto de impaciencia.*) ¡Aguardad, no seáis tan impaciente, señor caballero! No es que sea esta mi opinión; pero es lo que pensarán todas las gentes malintencionadas y maliciosas. ¡Y por desgracia abundan bastante! Es triste, pero es la verdad. Vuestra recompensa será la burla. Burla, porque una mujer fue más astuta que vos. Con la astucia de un zorro se deslizó en Ostrot, se dirá, y salió de allí avergonzado como un perro. Y otra cosa aún. ¿Pensáis que el canciller y su gente os darán las gracias por vuestro cometido cuando sepan que no habéis sido capaz de atraerme a vuestras banderas?

LYKKE.—¡Habláis sabiamente, noble señora! Y para librarme de esa burla, y lo que es más, para servir la causa de los buenos amigos de Suecia, me veo obligado...

LA SEÑORA INGER.—(*Apresuradamente.*) ¿A prolongar vuestra estancia en Ostrot?

OLAF.—(*Que ha estado escuchando, para sí.*) Ahora cae en el lazo.

LYKKE.—No, noble señora; me veo obligado a hacer una apuesta con vos.

LA SEÑORA INGER.—¿Y si no la ganaseis?

LYKKE.—La ganaré.

LA SEÑORA INGER.—Estáis seguro de vuestra cosa, parece.

LYKKE.—¿Qué apostáis a que habéis de aceptar mi propuesta y la del canciller?

LA SEÑORA INGER.— ¡El castillo de Ostrot contra el vuestro de Knieriemen!

LYKKE.—(*Golpea en su pecho y exclama*): Olaf Skaktval... ¡Ved aquí el señor de Ostrot!

LA SEÑORA INGER.— Señor consejero...

OLAF.—(*Poniéndose en pie.*) ¿Qué va a pasar aquí?

LYKKE.—(*A la señora Inger.*) No acepto la apuesta, pues dentro de muy poco daríais con gusto a Ostrot, y más todavía porque os sacase del lazo que a vos y no a mí os rodea.

LA SEÑORA INGER.— ¡Vuestra broma comienza a ser entretenida, señor caballero!

LYKKE.— Y lo ha de ser más aún..., para mí al menos. Os vanagloriáis de haberme engañado. Me amenazáis con arrojar sobre mí la burla y la ironía de las gentes. ¡Ah!, guardaos de excitarme demasiado, pues solo con dos palabras puedo hacer que os arrodilléis ante mí.

LA SEÑORA INGER.— ¿Sí? En verdad... (*Se detiene de pronto, como invadida por un presentimiento.*) ¿Y esas dos palabras, Nils Lykke? ¿Esas dos palabras?...

LYKKE.— Encierran el secreto del hijo vuestro y de Sten Sture.

LA SEÑORA INGER.—(*Dando un grito.*) ¡Oh, señor mío Jesucristo!

OLAF.— ¿El hijo de Inger Gyldenlöve? ¿Qué es lo que decís?

LA SEÑORA INGER.—(*Medio inclinada ante Lykke.*) ¡Gracia! ¡Oh, sed generoso!...

LYKKE.—(*Levantándola.*) Calmaos y dejad que hablemos sosegadamente.

LA SEÑORA INGER.—(*A media voz, como en ensueño.*) ¿Habéis oído, Olaf Skaktval? ¿O solo fue un sueño? ¿Habéis oído lo que dijo?

LYKKE.— No fue un sueño, señora Inger.

LA SEÑORA INGER.—(*Retorciéndose las manos.*) ¿Y vos lo sabéis? ¡Vos! ¡Vos!... ¿Pero dónde le tenéis? ¿Dónde le tenéis? (*Gritando.*) ¡No le matéis, Nils Lykke! ¡Devolvedmelo! ¡No me lo matéis!

OLAF.—¡Ah!, comienzo a entender...

LA SEÑORA INGER.—¡Y ese terror..., ese miedo atormentador!... Por largos años me ha acompañado..., ¡y ahora todo ha sido en balde y tengo que soportar todo este dolor y esta angustia! ¿Es esto justo, Señor, Dios mío? ¿Para eso me lo has dado? (*Se domina y dice con voz trabajosa*): ¡Nils Lykke, decídmelo! ¿Dónde lo tenéis? ¿Dónde está?

LYKKE.—Con su padre adoptivo.

LA SEÑORA INGER.—¡Todavía con su padre adoptivo! ¡Oh, ese hombre insaciable!... ¡Siempre me lo ha negado!... ¡Pero así no puede seguir! ¡Ayudadme, Olaf Skaktval!

OLAF.—¿Yo?

LYKKE.—Eso no es necesario en absoluto, si vos...

LA SEÑORA INGER.—Oídmе, señor consejero. Lo que sabéis habéis de saberlo por entero. ¡Y vos también, viejo y fiel amigo! ¡Adelante! Hace poco me recordabais el día aciago en que Knut Alfson cayó muerto en Oslo. Me recordabais el juramento que entonces, rodeada de los hombres más bravos de Suecia, hice. Era yo entonces una niña; pero me sentía con fuerzas dentro de mí, y pensaba, como otros muchos lo han creído también, que el Señor me había señalado y escogido para ponerme a la cabeza de todos y combatir por la patria y por el reino. ¿Era esto orgullo o era una inspiración de arriba? Nunca lo he meditado. Mas ¡ay de aquel que tiene que realizar grandes acciones! Puedo asegurar que durante siete años cumplí fielmente lo que había jurado. A pesar de todo me mantuve al lado de mis compatriotas. Todas mis amigas eran esposas y madres. Solo yo no podía dar oídos a ningún pretendiente. A ninguno. Vos lo sabéis mejor que nadie, Olaf Skaktval. Entonces vi por primera vez a Sten Sture. Jamás había visto hombre tan hermoso.

LYKKE.—¡Oh, ahora lo veo claro! Sten Sture estaba entonces con una misión secreta en Noruega. No debíamos saber nosotros, daneses, que tenía simpatías por vuestra causa.

LA SEÑORA INGER.—Disfrazado de soldado vivió durante el invierno bajo mi mismo techo. Durante aquel invierno fui pensando cada vez menos en la suerte del reino... Nunca había visto un hombre tan hermoso. ¡Y tenía ya cerca de veinticinco años!... Al otoño siguiente volvió Sten Sture. Y al

marcharse llevaba consigo en secreto un niño. No era que yo temiese a las malas lenguas de los hombres...; pero hubiera dañado a nuestra causa el que se hubiese sabido lo pasado entre Sten Sture y yo. El niño pasó al poder del canciller Pedro para que lo educase. Yo esperaba mejores tiempos, que pronto habían de venir. No llegaron nunca. Sten Sture se casó dos años después en Suecia, y al morir dejó una viuda...

OLAF.—Y con ella un heredero legítimo de su nombre y sus derechos.

LA SEÑORA INGER.—Infinitas veces le escribí al canciller pidiéndole que me devolviese mi hijo. Pero él se negaba siempre. «Uníos a nosotros firme e indisolublemente —contestaba—, y os enviaré vuestro hijo a Noruega; antes, no». ¿Cómo iba yo a osar ese paso? Nosotros los descontentos vivíamos vigilados por muchos temerosos. Si hubiesen sabido la cosa..., ¡oh, de seguro lo sé!, para herir a la madre habrían preparado al hijo la misma suerte que le hubiera cabido al rey Cristián si no se hubiese salvado huyendo. Y además, los daneses estaban en actividad constante; con amenazas y promesas procuraban incesantemente atraerme a ellos.

OLAF.—Es comprensible; todos los ojos estaban fijos en vos, como en la bandera que habían de seguir.

LA SEÑORA INGER.—En esto llega el levantamiento de Herulf Hydefad. ¿Recordáis aquellos tiempos, Olaf Skaktval? ¿Verdad que parecía como si una primavera radiante hubiera venido sobre el país? Muchas voces me animaban a participar en la lucha, pero yo no tuve valor para decidirme. Vacilando aguardaba lejos del campo de batalla, solitaria en mi castillo. A veces me parecía que la voz misma de Dios me llamaba. Pero enseguida caía de nuevo sobre mí aquel terror mortal y paralizaba mi voluntad. ¿Quién vencerá? Esta era la pregunta que sonaba sin cesar en mis oídos. Aquella primavera que vino sobre la tierra noruega fue corta. Herulf Hydefad y otros muchos después de él fueron enrodados. A mí nadie podía exigirme responsabilidad, y sin embargo no dejó Dinamarca de amenazarme. ¿Qué hubiera pasado si conociesen el secreto? En un tiempo de angustia semejante llegó el maestresala de palacio, Gyldenlöve, y pidió mi mano. ¡Pensad en que yo era entonces una pobre madre angustiada! Al mes era la esposa del maestresala de palacio, y había perdido la patria en el corazón de mis compatriotas. Luego vinieron tiempos tranquilos. Ya nadie se movía. Los dominadores podían oprimirnos cuanto querían. Había momentos en que me as-

queaba de mí misma. Pues ¿qué era lo que yo hacía? Nada, sino temblar de angustia, dejar que me adulasen los dominadores y echar hijas al mundo. Dios me perdone si no tengo para ellas un corazón de madre. Mis deberes de esposa eran penosos deberes. ¿Cómo podía amar a mis hijas?... ¡Oh! ¡Mi hijo era otra cosa! ¡Era el hijo de mi alma! ¡Era lo único que me recordaba aquel tiempo en que no era más que mujer y nada más que mujer! ¡Y me lo habían quitado! ¡Y crecía entre extraños, que quizás sembraban en su alma la semilla de la perdición! ¡Olaf Skaktval!, si hubiese tenido que correr perseguida y errante por montes y valles como vos, y hubiese tenido conmigo a mi hijo, ¡creedme!, no hubiera llorado ni me hubiera lamentado tan amargamente como he llorado y me he lamentado desde el día de su nacimiento hasta hoy.

OLAF.—¡Tomad mi mano! ¡Os he juzgado muy duramente, señora! Disponed de mí como antes. Os obedeceré ciegamente. ¡Porque yo sé lo que es llorar un hijo!

LA SEÑORA INGER.—Al vuestro lo mataron los tiranos. ¿Pero qué es la muerte frente a esta larga angustia de años y años?

LYKKE.—Bien. En vuestro poder está hacer cesar esa angustia. Si pacificáis a los dos partidos, ninguno de ellos querrá conservar a vuestro hijo, para asegurarse vuestra adhesión.

LA SEÑORA INGER.—(*Para sí.*) ¡Este es un castigo del Cielo! (*Mirándole.*) ¡Decid brevemente lo que pedís!

LYKKE.—Primero pido que llaméis a las armas al pueblo de Noruega para auxiliar a los descontentos suecos.

LA SEÑORA INGER.—¿Y luego...?

LYKKE.—Habéis de influir para que el conde Sture sea reconocido, en virtud de sus derechos, como rey de Suecia.

LA SEÑORA INGER.—¿Vos? ¿Vos pedís que yo...?

OLAF.—(*En voz baja.*) Es el deseo de muchos suecos. Y para nosotros sería también de desear.

LYKKE.—Pensadlo bien, noble señora. ¿Tembláis por la seguridad de vuestro hijo? ¿Y podéis desear mayor garantía que su hermano ocupe el trono de Suecia?

LA SEÑORA INGER.—(*Pensativa.*) Es verdad... Es verdad...

LYKKE.—(*Mirándola fijamente.*) Si no, será que hay en vos otro deseo.

LA SEÑORA INGER.—¿Qué queréis decir?

LYKKE.—Que Inger Gyldenlöve sueña en ser madre de un rey.

LA SEÑORA INGER.—¡No, no! Devolvedme a mi hijo, y podéis dar vuestras coronas a quien mejor os plazca. Pero ¿sabéis si el conde Sture está dispuesto...?

LYKKE.—De eso puede él mismo daros certeza.

LA SEÑORA INGER.—¡Él mismo! ¿Y cuándo?

LYKKE.—Hoy todavía.

OLAF.—¿Cómo es posible eso?

LA SEÑORA INGER.—¿Qué decís?

LYKKE.—En una palabra, el conde Sture está en Ostrot.

OLAF.—¿Aquí?

LYKKE.—(*A la señora Inger.*) Quizás os hayan dicho que yo no entré solo por la puerta del castillo. Mi compañero era el conde.

LA SEÑORA INGER.—(*Para sí.*) Estoy en su poder. No me queda elección alguna. (*A Lykke.*) Bien, señor consejero..., os aseguro mi cooperación.

LYKKE.—¿Por escrito?

LA SEÑORA INGER.—Como queráis. (*Va a la mesa de la izquierda, se sienta y saca de un cajón recado de escribir.*)

LYKKE.—(*Que queda a la derecha de la mesa; aparte.*) ¡Por fin es mía la victoria!

LA SEÑORA INGER.—(*Tras un momento de reflexión, se vuelve de pronto y le susurra a Olaf*): ¡Olaf Skaktval!... Ahora lo sé con certeza... ¡Nils Lykke es un traidor!

OLAF.—(*En el mismo tono.*) ¿Cómo? ¿Creéis...?

LA SEÑORA INGER.—Obra con falsía. (*Pone delante de sí el papel y sumerge la pluma, dispuesta a escribir.*)

OLAF.—¿Y a pesar de eso vais a darle por escrito esa seguridad que puede ser vuestra ruina?

LA SEÑORA INGER.—¡Silencio! Dejadme hacer. (*Olaf hace ademán de irse.*) No; quedaos y oídmе antes...

LYKKE.—(*Sin perderla de vista.*) ¡Ah, podéis murmurar cuanto queráis! Ahora ya no hay peligro. Con su confesión escrita puedo denunciarla cuando se me antoje. Con enviar esta noche un mensajero a Jens Bjelke... No falto a mi palabra si le aseguro que el conde Sture no está en Ostrot. Y mañana, cuando el camino esté libre, a Drontheim con el caballero. Y de allí, en un barco me lo llevo prisionero a Copenhague. En cuanto lo tengamos en nuestro poder, podemos exigir de la señora Inger cuanto queramos. ¿Y yo...? Después de esto, creo que el rey no pondrá la Embajada de Francia en otras manos que en las mías.

LA SEÑORA INGER.—(*Siempre en voz baja, a Olaf.*) ¿Me habéis entendido?

OLAF.—Perfectamente. Hágase lo que queréis. (*Sale por el fondo de la derecha.*)

(*Stenson entra por la primera puerta de la derecha, sin que la señora Inger se aperciba.*)

STENSON.—(*Con tono susurrante.*) ¡Señor caballero..., señor caballero!

(*La señora Inger, ocupada en escribir, no lo nota.*)

LYKKE.—(*Va hacia él; en voz baja, como todo lo que sigue.*) ¡Imprudente! ¿A qué venís aquí? ¿No os dije que aguardarais hasta que os llamase?

STENSON.—¿Pero cómo iba a poder contenerme? Después que me habéis confiado que Inger Gyldenlöve era mi madre, siento cada vez con mayor ansia la necesidad de verla frente a frente. (*Viendo a la señora Inger.*) ¡Allí está! ¡Qué majestad y qué grandeza! Así me la he figurado yo siempre. No temáis que me traicione. Desde que he descubierto ese secreto, me siento mayor y más prudente. Ya no volveré a obrar locamente y sin reflexión. Quiero ser como los demás nobles. Decidme: ¿sabe que estoy aquí? ¡Sin duda la habréis preparado!

LYKKE.—Claro está; mas...

STENSON.—¿Qué?

LYKKE.—No quiere reconoceros como hijo.

STENSON.—¿No quiere reconocirme? Pero es mi madre. ¡Oh, si solo es eso!... (*Saca un anillo que lleva al cuello pendiente de un cordón.*) Bastará que le muestre este anillo. Lo traigo desde mi infancia. Y sin duda él le explicará...

LYKKE.—¡Guardad ese anillo! ¡Guardadlo, os digo! No me entendéis. No es que la señora Inger dude de que vos sois su hijo, sino que... ¡Ved! Mirad a vuestro alrededor. Ved toda esta riqueza; ved todos estos poderosos ascendientes cuyos retratos orgullosos cuelgan en todas las paredes, y por último vedla a ella misma, que está acostumbrada a ser la más noble mujer del reino. ¿Creéis que podría darle placer mostrar a los demás un pobre mozo ignorante y decirles: ¡He aquí a mi hijo!?

STENSON.—Sí, tenéis razón: soy pobre e ignorante. No tengo nada que ofrecerla en cambio de lo que le pido. ¡Oh, nunca sentí como hoy la tristeza de ser pobre! Pero decidme: ¿qué creéis que puedo hacer para ganar su cariño? Decídmelo, querido señor; vos debéis saberlo.

LYKKE.—Tenéis que ganar tierra y riquezas. Mas antes de que lo consigáis guardaos de ofender sus oídos con una alusión a vuestro parentesco. Ella fingirá tomaros por el verdadero conde Sture hasta que os hayáis mostrado digno de ser su hijo.

STENSON.—¡Oh, decidme, sin embargo...!

LYKKE.—¡Silencio, silencio!

LA SEÑORA INGER.—(*Se levanta y le da el papel.*) Señor caballero, aquí tenéis mi escrito.

LYKKE.—¡Gracias, señora!

LA SEÑORA INGER.—(*Contemplando a Stenson.*) ¡Ah! ¿Este joven es...?

LYKKE.—Sí, señora Inger, el conde Sture.

LA SEÑORA INGER.—(*Mirándole con disimulo, para sí.*) ¡Los mismos rasgos! ¡Sí, en verdad; este es el hijo de Sten Sture! (*Se acerca a él y dice con fría cortesía*): ¡Sed bienvenido a mi casa, señor conde! En vuestra mano está el que dentro de un año podamos o no bendecir vuestra visita.

STENSON.—¿En mi mano? ¡Oh, decidme lo que tengo que hacer! Creedme: tengo voluntad y ánimo...

LYKKE.—(*Escuchando intranquilo.*) ¿Qué ruido y qué tumulto son esos, señora? Quieren entrar aquí. ¿Qué quiere decir eso?...

LA SEÑORA INGER.—(*En alta voz.*) ¡Son los espíritus, que despiertan! (*Por el fondo derecha entran Olaf Skaktval, Ejnar Huk, Bjorn, Finn, campesinos y criados.*)

CAMPESINOS Y CRIADOS.—¡Viva la señora Inger Gyldenlöve!

LA SEÑORA INGER.—¿Les habéis dicho lo que se prepara?

OLAF.—Saben cuanto necesitan saber.

LA SEÑORA INGER.—(*A la muchedumbre.*) Sí, mis fieles servidores y campesinos, ahora podéis armaros cuanto queráis. Lo que esta noche misma os negaba os lo tolero ahora con toda amplitud. Y aquí os presento al joven conde Sture, futuro conductor de los suecos... y de los noruegos, si Dios lo permite.

LA MUCHEDUMBRE.—¡Viva! ¡Viva el conde Sture! (*Se produce una gran excitación. Campesinos y criados, en medio del mayor estruendo, buscan todo género de armas y se ponen corazas y armaduras.*)

LYKKE.—(*Inquieto, para sí.*) ¿Dice que los espíritus despiertan? Jugando he conjurado el demonio de la rebelión. ¡Ay de mí, si no puedo luego dominarlo!

LA SEÑORA INGER.—Recibid de mí la primera ayuda. Treinta campesinos armados que os seguirán y os defenderán. Creedme: antes de que hayáis pasado la frontera se habrán agrupado bajo vuestra bandera y la mía muchos centenares. ¡Y ahora que Dios os proteja!

STENSON.—¡Gracias, señora Inger Gyldenlöve, gracias! ¡Y, creedme, no tendréis nunca que avergonzaros... del conde Sture! ¡Cuando me volváis a ver, habré ganado tierra y riqueza!

LYKKE.—(*Para sí.*) Sí, si te vuelve a ver.

OLAF.—¡Los caballos aguardan, buena gente! ¿Estáis dispuestos?

LOS CAMPESINOS.—¡Sí, sí, sí!

LYKKE.—(*Inquieto, a la señora Inger.*) ¿Cómo? ¿No querréis que esta misma noche...?

LA SEÑORA INGER.—¡En este mismo momento, señor caballero!

LYKKE.—¡No, no; es imposible!

LA SEÑORA INGER.—¡Como lo digo!

LYKKE.—(*En voz baja, a Stenson.*) No la obedezcáis.

STENSON.—(*Igualmente.*) ¿Qué puedo hacer? ¡Lo quiere! ¡Es necesario!

LYKKE.—¡Será vuestra perdición!

STENSON.—Es lo mismo. ¡Ella manda sobre mí!

LYKKE.—(*Imperativo.*) ¿Y yo?

STENSON.—Cumpliré mi palabra, perded cuidado. El secreto no saldrá de mis labios hasta que vos mismo desatéis mi lengua. ¡Pero es mi madre!

LYKKE.—(*Para sí.*) ¡Y Jens Bjelke que acecha en el camino!... ¡Maldición!... Me arrebató la presa de entre las manos... (*A la señora Inger.*) Esperad hasta mañana.

LA SEÑORA INGER.—Conde Sture, ¿me obedecéis o no?

STENSON.—¡A caballo! (*Se va hacia el fondo.*)

LYKKE.—(*Para sí.*) ¡Desdichado! ¡No sabe lo que hace! (*A la señora Inger.*) Bien; si ha de ser, ¡quedad con Dios! (*Se inclina rápidamente y quiere irse.*)

LA SEÑORA INGER.—(*Deteniéndole.*) ¡No, quedaos! ¡No así, señor caballero, no así!

LYKKE.—¿Qué queréis hacer?

LA SEÑORA INGER.—(*Con voz contenida.*) Nils Lykke..., ¡sois un traidor! Que nadie note que ha habido diferencias entre los sublevados. La

confianza del canciller la habréis conseguido por alguna astucia diabólica que yo no acierto a comprender. Pero a mí me habéis excitado a una rebelión abierta..., no para apoyar nuestra causa, sino para servir a vuestros planes, sean los que fueren. Ya no puedo retroceder. ¡Pero no creáis por eso que ya habéis vencido! Ya sabré haceros inofensivo.

LYKKE.—(*Llevando involuntariamente la mano a la espada.*) ¡Señora Inger!

LA SEÑORA INGER.—¡Tranquilizaos, señor consejero imperial! ¡No peligra vuestra vida! Pero no pasaréis las puertas de Ostrot hasta que la victoria sea nuestra.

LYKKE.—¡Maldición!

LA SEÑORA INGER.—Toda resistencia es inútil. No os escaparéis. Por tanto, conducíos tranquilamente; es lo mejor que podéis hacer.

LYKKE.—¡Oh!... ¡Es más astuta que yo! (*Se le ocurre de pronto una idea.*) Sin embargo, si...

LA SEÑORA INGER.—(*En voz baja, a Olaf.*) Id con el conde Sture hasta la frontera. Enseguida corred sin deteneros a buscar al canciller Pedro y traedme a mi hijo. Ahora ya no tiene pretexto para seguir reteniendo lo que es mío. (*Olaf va a marcharse.*) ¡Aguardad!... Un signo de reconocimiento. El que traiga el anillo de Sten Sture es el verdadero.

OLAF.—¡Por todos los santos! ¡Lo tendréis!

LA SEÑORA INGER.—¡Gracias, gracias, mi fiel amigo!

LYKKE.—(*A Finn, a quien sin que los demás lo notasen ha llamado a su lado, en voz baja.*) De modo que... intenta escaparte. A un cuarto de hora de aquí aguardan los suecos. Anúnciales que los otros llegan. Que el conde Sture ha muerto. Que ese joven debe salir ileso. Eso díselo al jefe. Dile que la vida del caballero tiene un valor inmenso.

FINN.—(*En voz baja.*) Se hará.

LA SEÑORA INGER.—(*Que entretanto no ha perdido de vista a Lykke.*) ¡Y ahora que Dios os proteja! (*Señalando a Nils Lykke.*) Este caballero no puede decidirse a abandonar tan pronto a sus amigos de Ostrot. Quiere aguardar en mi casa hasta que llegue la nueva de la victoria.

LYKKE.—(*Para sí.*) ¡Satanás!

STENSON.—(*Estrechando su mano.*) ¡Confiad en mí! No necesitaréis esperar mucho tiempo.

LYKKE.—Bien, bien. (*Aparte.*) Aún no está todo perdido. ¡Si mi mensajero llega a tiempo a encontrarse con Jens Bjelke!...

LA SEÑORA INGER.—(*A Ejnar Huk, señalando a Finn.*) Y a ese ciérrale bien guardado en el calabozo.

FINN.—¿A mí?

HUK Y CRIADOS.—¡Finn!

LYKKE.—(*Para sí.*) ¡Adiós, mi último recurso!

LA SEÑORA INGER.—(*Imperativa.*) ¡Al calabozo! (*Huk, Bjorn y algunos de los criados se llevan a Finn por la izquierda. La señora Inger sigue a los que salen, y al pasar al lado de Lykke le dice:* ¿Quién es el vencedor? (*Sale.*)

LYKKE.—(*Solo.*) ¿Quién? ¡Ay de ti! ¡Cara compras la victoria! Yo me lavo las manos, inocente. No soy yo quien le mata. Mas mi presa se me va, sin embargo. ¡Y la rebelión crece y se extiende! ¡Ha sido un juego loco en el que me he metido! (*Escucha por la ventana de la derecha.*) Ahora pasan la puerta... Se cierra tras ellos..., y yo aquí prisionero... ¡No hay posibilidad de huir! Dentro de media hora caerán sobre él los suecos. Lleva treinta jinetes bien armados. Será una lucha a vida o muerte. ¡Pero si cayese vivo en sus manos!... Si yo estuviera libre podría alcanzar a los suecos antes de que llegasen a la frontera y me lo entregarían vivo. (*Va a la ventana del fondo y mira hacia afuera.*) ¡Maldición! ¡Por todas partes centinelas! ¿Es que no va a haber ningún medio? (*Pasea arriba y abajo por la sala; de pronto se para y escucha.*) ¿Qué es eso? ¡Canto y música! Vendrá del aposento de Elina. Sí, ella es la que canta. Está todavía en pie. (*Se le ocurre de pronto una idea.*) ¡Oh, si eso fuera posible! ¡Si pudiera hacer eso!... ¿Y por qué no? ¿Es que no soy el mismo? La canción dice que todas las doncellas suspiran por el amor de Nils Lykke. ¿Y ella? ¡Elina Gyldenlöve me salvará! (*Entra apresurada y calladamente por la primera puerta de la izquierda.*)

ACTO QUINTO

En la misma sala. Todavía es de noche. Un candelabro colocado en una mesa de la izquierda, en primer término, alumbra débilmente la estancia.

LA SEÑORA INGER.—(*Sentada en la mesa, meditabunda; después de una pausa corta.*) Dicen que soy la mujer más avisada del reino. También yo lo creo. Pero nadie sabe por qué lo soy. Desde hace más de diez años luto por mi hijo. Esta es la solución del enigma. ¡Cómo aguza la inteligencia una lucha semejante! ¡La inteligencia! Y esta noche, ¿dónde estuvo mi ingenio? ¿Qué se hizo de mi prudencia? Siento que zumban mis oídos. Veo ante mis ojos fantasmas tan vivos, que podría cogerlos. (*Poniéndose en pie.*) ¡Señor Dios mío! ¿Qué es esto? ¿No he de ser dueña de mi ánimo? ¿Es que he de haber llegado a...? (*Se coge la cabeza con las manos, luego vuelve a sentarse y dice en tono tranquilo*): No, no es nada. Pasará. No tiene importancia. Pasará... ¡Qué sosiego reina aquí esta noche! Los retratos de mis antepasados ya no me miran amenazadores. Ya no necesito volverlos contra la pared. (*Volviendo a levantarse.*) Sí, me alegro de haber encontrado ánimo al cabo. Venceremos..., y entonces habré alcanzado mi objeto. Recobraré a mi hijo. (*Coge la luz para marcharse, pero queda parada y dice con voz concentrada*): ¡Mi objeto! ¡Mi objeto! ¡Recobrarlo! ¡Solo esto... y nada más! (*Deja nuevamente el candelabro sobre la mesa.*) ¡Aquella frase que de pasada arrojó Nils Lykke! ¿Cómo pudo él penetrar mis más íntimos pensamientos? (*Más bajo.*) «Madre de rey..., madre de rey», dijo. ¿Y por qué no? ¿No regían mis antepasados como reyes, aunque no llevaran este nombre? ¿No tiene mi hijo el mismo derecho que otro cualquiera a las preeminencias de la casta de los Sture? Ante Dios lo tiene..., si es que en el cielo hay justi-

cia. ¡Y estos derechos los he renunciado por escrito en una hora de miedo! Los he entregado con mano dilapidadora como rescate de mi libertad. ¿Podrán volver a ganarse? ¿Se encolerizaría el Cielo si yo...? ¿Conjuraría sobre mí nuevas calamidades si...? ¿Quién sabe!... ¿Quién sabe! Quizás sea mejor renunciar. (*Coge de nuevo la luz.*) A mi hijo lo recobro. Esto debe bastarme. Quiero buscar ahora mi sosiego y desechar todos estos tormentosos pensamientos. (*Va hasta el fondo; allí queda un instante parada y dice meditabunda*): ¿Madre de rey? (*Se aleja lentamente por el fondo.*)

(*Después de un momento entran calladamente por la primera puerta de la izquierda Lykke con una linterna, y Elina.*)

LYKKE.—(*Alumbra con la linterna alrededor y dice con voz queda*): No hay nadie. Tengo que marcharme.

ELINA.—¡Oh, déjame que te vea los ojos otra vez antes de marcharte!

LYKKE.—(*Abrazándola.*) ¡Elina!

ELINA.—(*Después de una pausa corta.*) ¿No volverás a Ostrot?

LYKKE.—¿Cómo puedes dudarlo? ¿No eres mi prometida? ¿Pero me serás tú fiel también? ¿No me olvidarás hasta que volvamos a vernos?

ELINA.—¿Si te seré fiel? ¿Es que tengo acaso voluntad? ¿Es que podría serte infiel aunque lo quisiese? Viniste en la noche, llamaste a mi puerta... y yo te dejé entrar. Me hablaste. ¿Qué fue lo que me dijiste? ¿Me miraste a los ojos! ¿Qué poder misterioso era aquel que se adueñaba de mí y me envolvía como red mágica? (*Esconde la cara en su hombro.*) ¡Oh, no me mires, Nils Lykke! ¡No debes mirarme después de lo que ha ocurrido! ¿Fiel dices tú? Si ya me tienes. Si soy tuya..., tengo que serlo... por toda la eternidad.

LYKKE.—¡Elina, por mi honor de caballero, antes de un año entrarás como esposa mía en el castillo de mi padre!

ELINA.—(*Sacudiendo la cabeza.*) ¡Juramentos, no! ¡No jures nada!

LYKKE.—¿Qué te pasa? ¿Por qué sacudes dolorosamente la cabeza?

ELINA.—Porque sé que las dulces palabras que me trastornan, antes que a mí se las has susurrado ya a muchas. ¡No, no te encolerices, amado mío! No te censuro como lo hacía antes de conocerte. Ahora veo lo alto que estás

sobre los demás. ¿Cómo el amor va a ser para ti más que un juego, y la mujer más que un juguete?

LYKKE.—Elina..., ¡óyeme!

ELINA.—Desde niña sonaba sin cesar tu nombre en mis oídos. Yo odiaba ese nombre porque me parecía que tú, con tu conducta, ofendías a todas las mujeres. Y sin embargo..., ¡qué extraño!, cuando en sueños construía mi vida futura, sin que yo misma lo supiese, tú eras siempre mi héroe. Ahora lo comprendo todo. Lo que yo entonces sentía era un ansia misteriosa y oculta hacia ti, hacia ti único..., hacia ti, que debías llegar un día para hacerme sentir toda la hermosura de la vida.

LYKKE.—(*Para sí, mientras coloca la linterna sobre la mesa.*) ¿Qué es esto que pasa por mí? ¡Este vértigo irresistible! Si esto es amor, no lo he sentido jamás hasta este momento. ¿No habrá llegado el tiempo...? ¡Ah, pero el recuerdo terrible de Lucía! (*Se sienta, suspirando, en la silla.*)

ELINA.—¿Qué te ocurre? Un suspiro profundo...

LYKKE.—¡Oh, nada, nada! Elina, ahora quiero confesártelo lealmente. Te he engañado con mis miradas y mis palabras. Lo que te he susurrado a ti esta noche se lo había dicho ya a otras muchas. Pero, créeme...

ELINA.—¡Silencio! No hablemos más de eso. Mi amor no es una indemnización por el que tú me das. ¡Oh, no! Te amo porque cada una de tus miradas es una orden real a la que tengo que obedecer. (*Arrodillándose ante él.*) ¡Oh, imprime en mi alma una vez más ese mandato real, aunque sepa que he de quedar aquí enterrada por el tiempo y la eternidad! ¡Oh, Dios mío, qué ciega he sido con respecto a mí! Todavía esta noche le decía a mi madre: «Para vivir necesito poder conservar mi orgullo». ¿Y cuál es ahora mi orgullo? ¿Ver libre a mi pueblo o a mi stirpe, señoreando sobre el reino? ¡Oh, no, no! ¡Mi amor es mi orgullo! El perro está orgulloso cuando puede tenderse a los pies de su amo y recibir de su mano unas migajas de pan. Así estoy yo orgullosa a tus pies, mientras tus miradas y tus palabras me alimentan con el pan de la vida. Por eso te digo a ti: «Para poder vivir necesito conservar mi amor», pues en él está mi orgullo ahora y por toda la eternidad.

LYKKE.—(*Atrayéndola a su regazo.*) ¡No, no! No a mis pies; a mi lado está tu puesto..., por muy alto que el destino quiera colocarme. Sí, Elina,

me has traído a un camino mejor. Y si me es dado lograr reparar con una acción gloriosa el mal que mi juventud tumultuosa ha causado, tuya y mía al mismo tiempo será la honra.

ELINA.—¡Oh, hablas como si yo fuese la misma Elina que esta noche arrojó a tus pies el ramo de flores! En mis libros leía yo, de la vida tumultuosa, el mundo allá afuera. El caballero sale al campo al son del cuerno, con el halcón en la mano. Así vas tú por la vida. Tu nombre llega siempre antes que tú adondequiera. Todo lo que yo solicito de tu grandeza es poder descansar en tu brazo, como el halcón. Como él andaba yo, ciega por la vida, hasta que tú arrancaste la venda que cubría mis ojos y me hiciste elevarme por sobre las cimas verdes del bosque. Mas créeme: por muy animosa que extienda mis alas, no tardaré en volver a mi jaula.

LYKKE.—(*Levantándose.*) ¡Yo desafío también al pasado! He aquí mi anillo. Tómalo y sé mía..., mía..., aunque los muertos tuviesen por ello sueños intranquilos.

ELINA.—¡Me asustas! ¿Por qué dices...?

LYKKE.—No es nada. Ven; déjame colocar el anillo en tu dedo. (*Lo hace.*) Así... ¡Ahora me he desposado contigo!

ELINA.—¡Yo la prometida de Nils Lykke! ¡Todo lo que ha pasado esta noche me parece como un sueño! ¡Oh, pero es un hermoso sueño! ¡Me parece la vida tan ligera! En mi corazón ya no hay odio ni amargura. Quiero reparar todas las faltas que haya cometido. No amaba bastante a mi madre; mañana iré a ella; tendrá que perdonarme.

LYKKE.—Y dar su consentimiento para nuestra unión.

ELINA.—¡Oh, sí, lo dará! Mi madre es buena. Todos los hombres son buenos. Ya no tendré rencor a nadie; solo a uno.

LYKKE.—¿Solo a uno?

ELINA.—Sí; es una historia triste. Yo tenía una hermana...

LYKKE.—¿Lucía?

ELINA.—¿Conociste a Lucía?

LYKKE.—No, no; oí hablar de ella solamente.

ELINA.—También ella entregó su corazón a un hombre. Él la engañó..., y ella está en el cielo.

LYKKE.—¿Y tú...?

ELINA.—Yo le odio.

LYKKE.—No le odies. Si hay compasión en tu alma, perdónale. Créeme: lleva el castigo en su propio pecho.

ELINA.—¡No le perdonaré nunca! No podría aunque quisiese, pues he jurado de tal modo... (*Escuchando.*) ¡Oye! ¿No oyes?

LYKKE.—¿Qué? ¿Dónde?

ELINA.—Fuera. Lejos. Suena el galope de muchos caballos en el camino, hacia aquí.

LYKKE.—¡Son ellos! ¡Y yo pude olvidar...! Vienen hacia aquí. Entonces estoy en peligro. Tengo que irme.

ELINA.—¿Pero adónde? ¡Ah, Nils Lykke! ¿Qué es lo que me ocultas?

LYKKE.—Mañana, Elina..., pues, ¡por Dios!, volveré. Ahora, pronto... ¿Dónde está la salida de que hablabas?

ELINA.—Por el subterráneo de las tumbas. Aquí está la puerta.

LYKKE.—¡El subterráneo de las tumbas!... Es lo mismo; tengo que salvarle.

ELINA.—(*En la ventana de la derecha.*) Los jinetes llegan enseguida... (*Le da la linterna.*)

LYKKE.—¡Adelante, pues! (*Comienza a descender.*)

ELINA.—Vete de frente por el corredor hasta la tumba que tiene una calavera y una cruz negra; allí descansa Lucía.

LYKKE.—(*Se vuelve apresuradamente y cierra tras sí la puerta falsa.*) ¡Lucía! ¡Horror!

ELINA.—¿Qué dices?

LYKKE.—¡Oh, nada! ¡El olor de los cadáveres me marea!

ELINA.—¡Oye, llaman a la puerta!

LYKKE.—(*Dejando caer la linterna.*) ¡Ay de mí! ¡Es demasiado tarde!
(*Bjorn entra apresuradamente con una luz, por la derecha.*)

ELINA.—(*Yendo a su encuentro.*) ¿Qué es eso, Bjorn? ¿Qué ha ocurrido?

BJORN.—¡Atacado! ¡El conde Sture...!

ELINA.—¿El conde Sture? ¿Qué le ha ocurrido?

LYKKE.—¿Muerto?

BJORN.—(*A Elina.*) ¿Dónde está vuestra madre?

DOS CRIADOS.—(*Entran corriendo por la derecha.*) ¡Señora Inger!
¡Señora Inger!

LA SEÑORA INGER.—(*Entra por la última puerta de la izquierda, con un candelabro en la mano.*) Lo sé todo. ¡Idos abajo, al patio! Que la puerta esté abierta para nuestros amigos y cerrada para los demás. (*Coloca la luz sobre la mesa de la izquierda. Bjorn y los demás criados se van por la derecha. A Lykke.*) ¡Esa era, pues, la celada, señor consejero imperial!

LYKKE.—¡Inger Gyldenlöve, creedme...!

LA SEÑORA INGER.—¡Una emboscada que debía apoderarse de él en cuanto tuvierais el documento firmado por mí!

LYKKE.—(*Sacando el papel y rasgándolo en pedazos.*) Aquí tenéis vuestro documento. No quiero conservar nada que pueda atestiguar contra vos.

LA SEÑORA INGER.—¿Qué hacéis?

LYKKE.—Desde este momento os protejo. Si he pecado contra vos..., ¡por el Cielo que he de procurar remediar el mal que os he hecho! ¡Pero ahora tengo que salir, aunque sea abriéndome camino con la espada! ¡Elina, díselo todo a tu madre! ¡Y vos, señora, olvidad nuestros resentimientos! ¡Sed generosa y callad! Creedme: antes de que amanezca el día tendréis que darme las gracias. (*Sale apresuradamente por la derecha.*)

LA SEÑORA INGER.—(*Le sigue, triunfante, con la vista.*) ¡Así está bien; le comprendo! (*A Elina.*) ¿Nils Lykke?... ¿Y bien...?

ELINA.—Ha llamado a mi aposento y ha colocado este anillo en mi dedo.

LA SEÑORA INGER.—¿Y te ama?

ELINA.—Me lo ha dicho y le creo.

LA SEÑORA INGER.—¡Has obrado bien, Elina! ¡Ah, caballero! Ahora comienzo yo.

ELINA.—¡Madre mía!... ¡Me parecéis tan extraña!... ¡Oh, ya sé!... Mi conducta poco cariñosa para con vos os ha encolerizado.

LA SEÑORA INGER.—¡De ningún modo, Elina querida! Eres una hija obediente. Le has dejado entrar. Has prestado oídos a sus dulces palabras. Comprendo lo que te habrá costado, pues conozco tu odio...

ELINA.—¡Madre mía!...

LA SEÑORA INGER.—¡Calla! Nuestros planes se han encontrado. ¿Cómo has comenzado, mi niña querida? ¿En sus ojos brillaba el amor? ¡Oh, ten firmeza! Envuélvelo más y más en tus redes; y luego... ¡Oh, Elina! Si pudiéramos arrancarle del pecho ese corazón mentiroso...

ELINA.—¡Ay de mí! ¿Qué es lo que decís?

LA SEÑORA INGER.—No desfallezcas. Óyeme. Yo conozco las palabras que sostendrán tu ánimo. Sabe, pues... (*Escuchando.*) Ahora pelean ante la puerta... ¡Prudencia!... Pronto habrá llegado el momento de... (*A Elina.*) Sabe, pues, que Nils Lykke es quien ha enviado a la tumba a tu hermana Lucía.

ELINA.—(*Dando un grito.*) ¡Lucía!

LA SEÑORA INGER.—¡Él ha sido! ¡Por el vengador supremo que está sobre nosotros!...

ELINA.—Entonces, ¡que el Cielo tenga compasión de mí!

LA SEÑORA INGER.—(*Horrorizada.*) ¡Elina!

ELINA.—Soy suya ante Dios.

LA SEÑORA INGER.—¡Niña infeliz!... ¿Qué has hecho?

ELINA.—(*Con voz ahogada.*) He perdido la paz de mi corazón. ¡Buenas noches, madre mía! (*Sale por la izquierda.*)

LA SEÑORA INGER.—(*Sola.*) ¡Ay! Mal anda la casta de Inger Gyldenlöve. Era la última de mis hijas. ¿Por qué no habré callado? Si no lo hubiese sabido, quizás hubiera sido feliz a su manera. Tenía que ser. Allá arriba en las estrellas está escrito que he de cortar una a una las ramas verdes hasta que el árbol seco quede solo. ¡Sea como Dios quiera! Ahora recobraré a mi hijo. En las otras, en mis hijas, no quiero volver a pensar... ¡Cuentas! ¿Dar cuentas? ¡Bah! Para eso tengo tiempo hasta el día del juicio. Falta aún mucho para que llegue.

STENSON.—(*Suena su voz fuera, por la derecha.*) ¡Cerrad! ¡Cerrad la puerta!

LA SEÑORA INGER.—¡La voz del conde Sture!

STENSON.—(*Entra apresuradamente por la derecha, sin armas y con los vestidos destrozados, y grita con risa desesperada*): ¡Salud, señora Inger Gyldenlöve!

LA SEÑORA INGER.—¿Qué habéis perdido?

STENSON.—¡Mi reino y mi vida!

LA SEÑORA INGER.—¿Y los campesinos? Y mis criados, ¿dónde están?

STENSON.—Los cadáveres yacen a lo largo del camino. Adonde haya ido lo demás no sé decíroslo.

OLAF.—(*Afuera. Por la derecha.*) ¡Conde Sture! ¿Dónde estáis?

STENSON.—¡Aquí, aquí!

(*Olaf, con la mano derecha herida, entra por la derecha.*)

LA SEÑORA INGER.—¡Oh, Olaf Skaktval! ¿Vos también...?

OLAF.—Fue imposible pasar por encima de ellos.

LA SEÑORA INGER.—Pero veo que estáis herido.

OLAF.—Un dedo de menos y nada más.

STENSON.—¿Dónde están los suecos?

OLAF.— Vienen persiguiéndonos. Van a saltar la puerta.

STENSON.— ¡Oh, Dios! ¡Pero no, no! ¡Yo no puedo..., no quiero morir!

OLAF.— ¡Un escondrijo, señora! ¿No hay aquí un agujero donde se le pueda ocultar?

LA SEÑORA INGER.— ¿Y si registran el castillo?

STENSON.— Sí, sí; me encontrarán. ¡Y ser llevado a la prisión o al patíbulo!... ¡Oh, no, señora Inger Gyldenlöve! Estoy seguro de que no lo toleraréis.

OLAF.— (*Escuchando.*) Ahora saltan la puerta.

LA SEÑORA INGER.— (*A la ventana de la derecha.*) Entran muchos hombres en el patio.

STENSON.— ¡Y haber de perder ahora mi vida! ¡Ahora que era cuando empezaba! ¡Ahora que acabo de saber que tenía un objeto! ¡No, no, no! ¡No creáis que soy un cobarde, señora Inger Gyldenlöve! No quisiera más sino que mi vida durase lo bastante para...

LA SEÑORA INGER.— Se les oye ya abajo en la cocina. (*A Olaf, con decisión.*) Es preciso salvarlo, cueste lo que cueste.

STENSON.— (*Cogiendo su mano.*) ¡Oh, bien lo sabía yo! Vos sois noble y buena.

OLAF.— ¿Pero cómo? Si no podemos esconderle...

STENSON.— ¡Ya lo tengo, ya lo tengo! ¡El secreto!

LA SEÑORA INGER.— ¿El secreto?

STENSON.— Sin duda. El vuestro y mío.

LA SEÑORA INGER.— ¡Dios del cielo! ¿Lo sabéis vos?

STENSON.— Del principio al fin. Y ahora que me juego la vida... ¿Dónde está Nils Lykke?

LA SEÑORA INGER.— Ha huido.

STENSON.— ¿Huido? ¡Dios me asista entonces, pues solo él puede desatar mi lengua! ¡La vida tiene más valor que un juramento! Cuando venga el jefe de los suecos...

LA SEÑORA INGER.—¿Qué? ¿Qué queréis hacer entonces?

STENSON.—Salvar mi vida y mi libertad. Revelárselo todo.

LA SEÑORA INGER.—¡Oh, no! ¡Tened compasión!

STENSON.—No hay otra salvación posible. Cuando le haya revelado lo que sé...

LA SEÑORA INGER.—(*Mirándole con emoción contenida.*) ¿Os habéis salvado?

STENSON.—Sí, sí; Nils Lykke se encargará de mi causa. Ya veis que es el único medio.

LA SEÑORA INGER.—(*Decidida y acentuando sus palabras.*) ¿El último recurso? Tenéis razón. Todos debemos intentar el último recurso. (*Señalando hacia la derecha.*) ¡Id; allá adentro podéis ocultaros!

STENSON.—(*Con emoción contenida.*) Creedme... ¡No habrá de pesaros vuestra conducta!

LA SEÑORA INGER.—(*Medio para sí.*) ¡Quiera Dios que digáis la verdad! (*Stenson sale por la última puerta de la izquierda. Olaf quiere seguirla. Inger le detiene.*) ¿Habéis entendido lo que quiere?

OLAF.—¡Desgraciado! Revelar vuestro secreto. Quiere sacrificar a vuestro hijo para salvarse a sí mismo.

LA SEÑORA INGER.—«Cuando la vida va en ello hay que apelar al último recurso», dijo. Adelante, pues, Olaf Skaktval... ¡Que sea lo que quiere!

OLAF.—¿Qué queréis decir?

LA SEÑORA INGER.—¡Vida por vida! Uno de ellos tiene que perecer.

OLAF.—¡Oh!... ¿Queréis...?

LA SEÑORA INGER.—Si el que está allá adentro no enmudece antes de haber hablado el jefe de los suecos, está mi hijo perdido. Por el contrario, si él desaparece podré reclamar con el tiempo para mi propio hijo todos sus derechos. Entonces veréis si hay todavía valor en Inger Ottisdatter. Estad tranquilo; entonces no necesitaréis aguardar largo tiempo a la venganza por

que desde hace veinte años suspiráis... ¿Oís? Ya suben la escalera. Olaf Skaktval, en vuestras manos está el que mañana no tenga yo hijo o...

OLAF.—¡Sea como decís! Todavía tengo un brazo fuerte. (*Estrecha su mano.*) Inger Gyldenlöve, yo haré cuanto pueda por que vuestro nombre no desaparezca. (*Entra en el cuarto en que está Stenson.*)

LA SEÑORA INGER.—(*Sola. Pálida y estremecida.*) ¿Puedo ahora osar...? (*Se oye ruido en el aposento donde está Stenson. Da un grito y corre hacia la puerta.*) ¡No, no, no es posible! (*Se oye dentro la caída sorda de un cuerpo. Inger se tapa los oídos con ambas manos y retrocede con la mirada extraviada; después de un momento se quita las manos de los oídos, escucha y dice*): Ya está. Ahí adentro no se oye nada... ¡Oh, Dios mío! ¡Tú lo viste...; me arrepentí, pero Olaf Skaktval anduvo demasiado aprisa!

(*Olaf entra silencioso en la sala.*)

LA SEÑORA INGER.—(*Tras una pausa corta y sin mirarle.*) ¿Está hecho?

OLAF.—En cuanto a él, podéis estar tranquila; ya no traicionará a nadie más.

LA SEÑORA INGER.—(*Lo mismo que antes.*) ¿Está, pues, mudo?

OLAF.—El acero ha entrado seis pulgadas en su pecho; se lo introduje con la mano izquierda.

LA SEÑORA INGER.—Sí, sí; la derecha es demasiado buena para empresas semejantes.

OLAF.—Eso es cosa vuestra; vuestra ha sido la idea. ¡Y ahora, a Suecia! ¡Salud entretanto! Cuando vuelva la próxima vez a Ostrot no volveré solo. (*Se va por la última puerta de la derecha.*)

LA SEÑORA INGER.—¡Hay sangre en mis manos! ¡Hasta esto tuve que llegar! Caro tengo que comprarlo.

(*Bjorn, con algunos soldados suecos, entra por la derecha.*)

UN SOLDADO.—Perdonad; si sois vos la dueña de la casa...

LA SEÑORA INGER.—¿Buscáis al conde Sture?

SOLDADO.—Así es.

LA SEÑORA INGER.—Entonces seguís buena pista. El conde ha buscado refugio en mi casa.

SOLDADO.—¿Refugio? Perdonadme, noble señora...; no podéis concedérselo, porque...

LA SEÑORA INGER.—Eso mismo que decís lo ha comprendido el conde, y por eso..., convenceos vos mismo de ello..., por eso se ha quitado la vida.

SOLDADO.—¿La vida?

LA SEÑORA INGER.—Convenceos por vos mismo, como os he dicho. Ahí dentro está el cadáver. Y yo pienso que salga de aquí con todas las honras que por su noble nacimiento le son debidas. Bjorn, ya lo sabes. En mi aposento está preparado desde hace tiempo mi propio ataúd. (*A los soldados.*) Pido que en él sea conducido a Suecia el cadáver del conde Sture.

SOLDADO.—Se dispondrá como vos queréis. (*A uno de los otros.*) Corre a llevarle la nueva al señor Jens Bjelke. Aguarda en el camino con los demás jinetes. Entretanto entraremos y...

(*Uno de los soldados vase por la derecha. Los demás, con Bjorn, entran en el aposento de la izquierda.*)

LA SEÑORA INGER.—(*Sola. Pasea silenciosa y desasosegada por la habitación.*) Si el conde Sture no hubiese dado con tanta prisa su adiós al mundo, dentro de un mes le habrían colgado o le habrían metido en prisión para toda su vida. ¿Hubiera sido mejor una tal suerte, o hubiera adquirido la libertad entregando a mi hijo en manos de mis enemigos? ¿Soy yo, pues, quien le ha matado? ¿Quién osará condenarme por haber hundido mis garras en la carne de quien quería robarme carne y sangre? Tenía que ser así. Todas las madres hubiesen obrado lo mismo que yo. Mas ahora no es tiempo de pensar en lo hecho. Obrar es lo que necesito. (*Se sienta en la mesa de la izquierda.*) Quiero escribir a todos mis amigos. Que se levanten para apoyar la causa santa. Un nuevo rey... ¡al principio gobernador del reino!..., y luego rey. (*Comienza a escribir, se para y reflexiona.*) ¿A quién elegirán para reemplazar al muerto?... ¡Madre de rey!... He aquí una orgullosa palabra. Pero... ¿y la otra palabra... regicida? Madre de rey y regicida. Regicida... es la que le quita a un rey la vida... Madre de rey... la que se la da...

(*Levantándose.*) Bien. Voy a daros una sustitución para lo que os he quitado. ¡Mi hijo será rey! (*Vuelve a sentarse para escribir, pero de nuevo deja la pluma y se recuesta en la silla.*) Es terrible tener un cadáver bajo su techo. Por eso estoy excitada de este modo. (*Vuelve la cabeza como si hablase con alguien.*) ¿No? ¿De dónde, pues, había de venir? (*Cavilando.*) ¿Hay tan grande diferencia entre matar a un hombre y asesinarle? Knut Alfson ha partido más de una frente con su espada y, sin embargo, la suya era pura como la frente de un niño. Entonces, ¿por qué veo sin descanso ese... (*Hace un gesto como de clavar un cuchillo.*) esa herida en el corazón... y la sangre roja que sale a torrentes?... (*Sigue hablando mientras busca por entre los papeles.*) De hoy en adelante no quiero saber más de estas terribles visiones. Día y noche quiero estar en actividad. Y dentro de un mes..., dentro de un mes... vendrá mi hijo...

(*Bjorn entra por la izquierda.*)

BJORN.—¿Habéis llamado, señora?

LA SEÑORA INGER.—(*Escribiendo.*) Trae más luces. De hoy en adelante quiero tener muchas luces en mi aposento.

(*Bjorn se va por la izquierda.*)

LA SEÑORA INGER.—(*Se levanta después de una pausa.*) ¡No, no, no! ¡Esta noche no puedo escribir! Mi cabeza arde y trabaja sin cesar... (*Escucha horrorizada.*) ¿Qué es eso? ¡Ah! Ahí dentro destornillan la tapa del ataúd... Cuando yo era niña me contaban la leyenda del caballero Age, que andaba con el ataúd sobre las espaldas. ¡Si al de allá adentro se le ocurriese venir con el ataúd sobre las espaldas para darme las gracias por el que le he prestado!... (*Se ríe.*) ¡Bah! Nosotros no tenemos nada que ver con nuestras creencias infantiles. (*Con violencia.*) Pero, sin embargo, leyendas semejantes no debieran existir; ocasionan sueños intranquilos. Cuando mi hijo sea rey se prohibirán. (*Da unos paseos por la estancia y luego abre la ventana.*) ¿Cuándo será rey mi hijo? Habrá que purificar todas las habitaciones. Hasta que no se haga será insano vivir aquí.

(*Bjorn entra por la izquierda con dos candelabros y los coloca sobre la mesa.*)

LA SEÑORA INGER.—(*Que ha vuelto a coger los papeles.*) Está bien así. Y no te olvides de lo que te he dicho. ¡Muchas luces sobre la mesa!

¿Qué hacen allá adentro?

BJORN.—Están tapando la caja.

LA SEÑORA INGER.—¿La cerrarán de modo que esté segura?

BJORN.—Todo lo que sea menester.

LA SEÑORA INGER.—Sí, sí; no sabes bien lo importante que eso es. Cuida de que lo hagan a conciencia. (*Va hacia él con un puñado de papeles y le dice misteriosamente*): Bjorn, tú eres un viejo, pero quiero hacerte una advertencia. Guárdate de todos los hombres...: de los que ya han muerto y de los que morirán. Ahora vete allá adentro; vete y cuida de que la caja se cierre a conciencia.

BJORN.—(*Para sí, sacudiendo la cabeza.*) No puedo entenderla. (*Se va por la izquierda.*)

LA SEÑORA INGER.—(*Comienza a sellar una carta, pero la deja a medias, pasea un rato y luego dice con violencia*): ¡Si yo fuese cobarde no hubiera hecho eso nunca! Si fuera cobarde me hubiera gritado: ¡Detente, si tu alma tiene alguna esperanza en la eternidad! (*Se fija en el retrato de Sten Sture.*) ¡Oh, me sonríe él en persona! ¡Horror! (*Vuelve el retrato hacia la pared, sin mirarlo.*) ¿Por qué te sonreías? ¿Porque me he portado mal con tu hijo? Pero y el otro..., ¿no es tu hijo también? Y es el mío al mismo tiempo... ¡Fíjate en eso! (*Mira de soslayo a los demás retratos.*) No los he visto nunca tan iracundos como esta noche. Sus miradas me siguen adondequiera que vaya. (*Dando un golpe en el suelo con el pie.*) ¡Pero no quiero saber nada de ellos! Quiero tener paz y sosiego en mi casa. (*Comienza a volver los retratos hacia la pared.*) ¡Aunque fuese la misma Virgen Santísima!... ¿Crees que es aún tiempo? ¿Por qué no oíste mis súplicas cuando te pedía que me devolviesen a mi hijo? ¿Por qué? Porque el monje de Wittemberg tiene razón: «¡No hay nadie entre Dios y los hombres!» (*Respira con fuerza y continúa con excitación creciente*): Está bien que yo sepa esas cosas. Nadie ha visto lo que ocurrió allá adentro. Nadie puede atestiguar contra mí. (*Abre de pronto los brazos y susurra*): ¡Hijo mío! ¡Querido hijo mío! ¡Ven a mí! ¡Aquí estoy yo! ¡Quiero decirte una cosa! ¡Escucha! Allá arriba..., más allá de las estrellas, se me odia... porque te engendré. Mi misión era cumplir en el reino los designios de Dios. Mas yo seguí mi propio camino. Por eso he tenido que sufrir tanto y tan largo tiempo.

(Bjorn viene por la izquierda, del aposento.)

BJORN.—Noble señora, tengo que anunciaros... ¡Cristo, redentor mío!
¿Qué es eso?

LA SEÑORA INGER.—*(Que ha subido al asiento de honor que está a la derecha.)* ¡Silencio! ¡Silencio! Soy madre de rey. Han elegido rey a mi hijo. Fue difícil lograrlo..., pues yo misma tuve que luchar con los tiranos.

(Lykke entra sin aliento, por la derecha.)

LYKKE.—¡Está salvado! ¡Traigo un salvoconducto de Jens Bjelke! Señora Inger, sabed...

LA SEÑORA INGER.—¡Silencio digo! ¿No oís el rumor de la muchedumbre? *(Del aposento de la izquierda se oye un salmo funerario.)* Ahora llega la cabalgata de la coronación. ¡Qué tumulto! Todos se inclinan ante la madre del rey. Sí, sí...; ella ha luchado por su hijo... tanto, que sus manos se enrojecieron con sangre. ¿Dónde están mis hijas? No las veo. ¡Oh, ya no tengo ninguna! Solo una me quedaba, y la perdí al subir al lecho conyugal. *(Susurrando.)* En él está el cadáver de Lucía. No hay sitio para dos.

LYKKE.—¡Oh!, ¿eso habéis hecho? La venganza del Señor me ha alcanzado.

LA SEÑORA INGER.—¿No le veis? ¡Vedle, vedle! ¡Es el hijo de Inger Gyldenlöve! Lo conozco por la corona y por el anillo de Sten Sture, que pende de su cuello. Ya se acerca. ¡Pronto podrán mis brazos estrecharle! ¡Ah, ah!... ¿Quién vence, Dios o yo?

(Los soldados salen con el ataúd.)

LA SEÑORA INGER.—*(Se lleva las manos a la cabeza y grita):* ¡El cadáver! *(Murmurando.)* ¡Horror! ¡Qué sueño más espantoso! *(Se deja caer sobre el asiento.)*

BJELKE.—*(Que ha entrado por la derecha, se para y grita sorprendido):* ¡Muerto! ¡A pesar de todo, muerto!

UN SOLDADO.—Él mismo se mató.

BJELKE.—*(Mirando a Lykke.)* ¿Él mismo?

LYKKE.—¡Silencio!

LA SEÑORA INGER.—(*Cansada y como si despertase.*) Sí, sí; ahora me acuerdo de todo.

BJELKE.—(*A los soldados.*) Dejad el cadáver. Ese no es el conde Sture.

UN SOLDADO.—Perdonad, señor caballero; mas este anillo que lleva al cuello...

LYKKE.—(*Cogiéndole por el brazo.*) ¡Calla, calla!

LA SEÑORA INGER.—(*Horrorizada.*) ¡El anillo! ¡El anillo! (*Corre al cadáver y lo coge.*) ¡El anillo de Sten Sture! (*Dando un grito.*) ¡Oh, Cristo, Señor! ¡Mi hijo! (*Se arroja sobre el ataúd.*)

LOS SOLDADOS.—¿Su hijo?

BJELKE.—(*Al mismo tiempo.*) ¿El hijo de Inger Gyldenlöve?

LYKKE.—Así es.

BJELKE.—Mas ¿por qué no me dijisteis...?

BJORN.—(*Intentando levantarla.*) Señora, ¿qué os pasa?

LA SEÑORA INGER.—(*Con voz desfallecida, incorporándose a medias.*) ¿Que qué me pasa? ¡Un ataúd! ¡Una sepultura al lado de mi hijo! (*Cae sin conocimiento sobre el ataúd. Lykke se marcha rápidamente por la derecha. Consternación general entre los demás.*)

FIN

NOTA SOBRE ESTA EDICIÓN

Esta edición reproduce la traducción de José Ramón Pérez Bances publicada en *Dramas de Enrique Ibsen*, tomo I (Madrid, Librería de Perlado, Páez y C.^a, 1914; Biblioteca Clásica, tomo CCXXXIII), a partir del ejemplar digitalizado que conserva Internet Archive.

Se ha actualizado la ortografía según las normas vigentes de la Real Academia Española y se han corregido las erratas evidentes del impreso. El texto del traductor se mantiene sin otros cambios.

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE LIBROS GRATIS DE
DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB